

# ANTOLOGIA

JOSÉ JUAN BOTELLI

*Poemas*

*Soliloquios*

*Ensayos*

*Notas*

*Cuentos*

*Relatos*

ediciones  El Coyuyo



**José Juan Botelli**

**Selección**

**Poemas**

**Soliloquios**

**Ensayos**

**Notas**

**Cuentos**

**Relatos**

**Misceláneas**



BIBLIOTECA DE LA LEGISLATURA  
DE SALTA

N° Inventario: 09263

Ubicación Topográfica:

## Del Libro POEMAS. Dos ediciones 1963-1968

### Recuerdos

**EN** un abrazo húmedo y desnudo  
la arcilla se diluye en víboras, en bichos...  
en seres macho y hembra.

El fuego de los vientos,  
en un puñal ardido  
mira por los ojos de los gatos.

Zupay en la salamanca  
funde plomo para las pesadillas  
y echa leche a las higueras  
para que pique a los niños.

Los bandidos entre cañaverales  
se esconden de las balas...  
hasta que el sol cae.

El olor de la noche se encrespa en el zorrino  
y en el lomo de los perros,  
oliendo sendas por donde pasó el tigre,  
mientras la comadreja esconde sus gallinas.

Y cotidianamente el alma de algún muerto,  
nos mira desde el búho  
chistándole a los miedos.

La miel entre las ramas reverbera en zumbidos,  
una dulzura de polen y de sudores limpios  
del hombre que duerme en el laurel.

\*\*\*\*\*

Y yo desde mi memoria sentidora,  
estoy guardando recuerdos  
para crecer en el sueño.

## Que Importa

**QUE** importa que hablando me parezca a otros...  
pero el viento de las quemazones  
está en el calor de mi sangre y tengo que cantarlo  
viéndolo cada año quemando el San Bernardo.

Qué importa que el silbo de un zorzal  
sea igual, o se parezca al de otros,  
mientras eche su canto  
para ser únicamente: escuchado.

Qué importa que mi canto esté influenciado,  
si esa influencia me honra  
y viene desde otras más antiguas,  
desde lo mejor del corazón del hombre.

No importa que mi canto no trascienda  
pero es irremediable imposición de una fuerza  
que me sube desde que fui tierra  
y seguirá cuando sea yo... tal vez una cigarra.

## Salirse de Uno

**LA** mañana placentera me levanta  
en la muchacha que barre la vereda,  
en los pájaros que pueblan las arboleda  
de mi calle... es el alba la que canta.

Se despereza en mis huesos el bostezo,  
estirado como lluvias en el sueño,  
mientras el trabajo, de la vida dueño,  
espera en el umbral un servil beso.

No hay otra solución, callado llanto,  
que ir llenando las horas con trabajo  
y construir con el sudor un propio canto,

buscando cada día, cada sollozo  
transmutarlo en canto y curar su tajo  
y al morir, salirse de uno, como un gajo,  
del árbol que se hundirá dentro del pozo.

## Lluvia

**HOY** soy preso de este día de lluvia,  
agua quejumbrosa que me cae me viene  
desde el viejo Nilo a mi Bermejo,  
andando siempre, desde el mar a mis arterias.

Agua de lluvia, beso somnoliento,  
lamiendo el musgo de la piel del durazno  
deslizas tu ruido entre mis sábanas,  
de un ocio caído de las nubes.

Mi viejo animal dormido,  
desgrana el agua en el trueno,  
caída su melena entre las hojas  
mojadas del murmullo.

Hoy doy mi vida al sueño,  
me alejo con el día hacia quién sabe dónde,  
en su aliento del agua  
que opaca el horizonte.

Sueño que caes, dormido en el misterio  
de los bosques rumorosos,  
quejumbre de mi Dios que está en mi sangre,  
en mi tierra, en mi sueño y en el aire.

## Corazon

**DOLIDO** corazón, destinatario  
del amor, lágrima en rojo, cerrado,  
puño escondido del dolor callado  
que guarda su rencor en un sudario.

Senda, punto final de la esperanza  
y pulso de la carne, flor humana  
que te abres en el canto a la temprana  
edad en que la comprensión se afianza.

Casa de Dios, puerto de todos, pecho  
donde llora el débil y aprende el fuerte,  
sin repulsión, en un abrazo estrecho.

Cofre del perdón, isla del destierro  
del mal que se recibe diariamente  
tumba del golpe... desterrado hierro.

## Tedio

**AMOR**, susurro en la noche perdido,  
oscura sangre de mis desvaríos,  
apagado en abrazos; encendido  
renaces en la casa con los míos.

Fruta madura en su momento ardiente,  
la entrega de su cuerpo adormilado  
me devolvió en regreso a la simiente  
que germina sonriente a mi costado.

Me veo creciendo en hijos, escapando  
del duende que vigila diariamente  
las ganas de librarnos del trabajo.

Que pena da vivir siempre no estando  
con la hora de los pájaros... creciente,  
abierto dolor de un hondo tajo.



## Empezando De Nuevo

**PEQUEÑO** Baco florecido  
vienes de viejas semillas  
fecundada en besos somnolientos;  
en tu sonrisa,  
me veo limpio de culpas  
y en ti, me siento  
empezando de nuevo.

Cuando crezcas,  
no escribe sino cosas  
que recuerden a tus amigos,  
y a ti mismo,  
la diaria dignidad  
y que sólo se estará por aquí  
apenas setenta años.

## Yo Y El Tiempo

**EL** tiempo es este retrato  
de lo que fui de niño,  
el tiempo es este cuerpo  
en que ando ahora  
y será el agua en que me vaya  
cuando esté ya muerto.  
El tiempo es este hijo mío niño  
y será cuando él sea viejo,  
que así como yo soy en él  
y él será en otro,  
seré en todos los que vengan de mi:  
yo y el tiempo.

## Eternidad

**LOS** días se alejan y se vienen,  
nos envejecen y nos matan;  
hay un pasar sin tiempo  
que nos mira morir muy lentamente.

Andamos como el agua, que va y viene,  
que a veces se detiene y anda nuevamente  
en el delgado cauce de un arroyo.

Somos apenas recipiente  
de un limo rojo y caliente  
que nos fecunda y multiplica  
(puedes escucharle en tu almohada  
a tu corazón latiente).  
A ese pulso del agua  
que anda por el cuerpo,  
puedes transformarlo en canto...  
si lo atiendes.

Porque hay un pasar  
y una llegada al lago del reposo,  
hay un pasar sin tiempo  
que nos mira morir muy lentamente  
y nos ve volver en hijos... y en el canto.

## Vida

**AVE** mansa que andas por el cuerpo  
y callas en la noche en que la muerte  
aprieta tu latido.

En el cuerpo de los niños  
juegas, como en el agua  
cristalina de los pequeños ríos.

Te gozo a diario y te miro  
chispeante en los ojos de mi mujer,  
en el vigor de mis hijos.

Te has de perder cuando me muera,  
para volver tal vez en la mirada,  
en descendientes que me sobrevivan

## Del libro De la Tierra y el Cielo 1977

### Coplas

**Yo** no tengo mala voz  
pero escondo el padecer,  
como el crespín canto solo  
cuando no me pueden ver.

A mi manera de ver  
sé hasta dónde me da el cuero,  
yo no sé que quiero ser  
pero sé lo que no quiero.

Desenterrando silencio  
cavando con la guitarra,  
desenterré a la cigarra  
y se hizo voz en el viento.

Cuando el cielo está llorando  
me siento a verlo llover  
y el agua me va tentando  
arrimarme a una mujer.

Cuando el río va bramando  
me siento a verlo correr,  
el agua roja llorando  
se va con mi padecer.

Aunque siempre ando apenas  
no me hace mella el dolor  
pues aprendí que a las penas  
las da y las quita el amor.

Cuando una china abandona  
hay que enseñarle al dolor  
que uno sabe que a las penas  
solo las corre otro amor.

El gallo se estira y canta  
pa' que lo sienta otro gallo,  
el hombre se estira y canta  
y hace lo que hace el gallo.

Guitarra de mis amigos  
que llegan junto a la copla  
me alegran y me despejan  
lo que la muerte me sopla.

Sintiendo cantar a un gallo

bien calladito me quedo  
si tengo que buscar polla  
calladito nomás la hallo.

Ese calor de tu cuerpo  
cuando se arrima caliente,  
con sólo verte el amor  
en su calor se alimenta.

Nohecita de verano  
balido ardiente,  
no dejes salir al diablo  
que me tienta.

Cuando vayas a las carpas  
has de llevar compañera,  
vaya que el diablo aburrido  
se te presente en pollera.

En toda reunión de amigos  
has de cuidar de tu vino,  
si el diablo se mete en él  
ya se metió en tu camino.

Dicen que el diablo no duerme  
que en la noche se divierte,  
chinita cuida tu sueño  
vaya que a tu lao despierta.

La lluvia me está cantando  
acariciándome el sueño,  
cuando me llegue la muerte  
que me haga dormir lloviendo.

Cuando yo vuelva a ser agua  
y a correr otros caminos,  
quiero volver en la lluvia  
a mojar mi propia huella.

Cuando sienta bajo i' tierra  
que está lloviendo a mi muerte,  
se desmesure mi sueño  
vuelva a caer en llovizna.

Mi dolor está escondido  
y más lo voy a esconder  
lo que me duele a mi solo  
nadie lo debe saber.

En el agua que corre

siento que me voy,  
desde el agua que llueve  
me siento volver.

A dónde irá esa mujer  
tan enredada en amores  
si no sabe a quién querer  
ni sabe lo que no quiere.

Nadie me ha de convencer  
que es dura y triste la vida,  
nadie la quiere perder  
aunque resulte aburrida.

Qué importa el envejecer  
esa es la ley de la vida,  
al que hoy se le ve nacer  
al otro día es más viejo.

## El sol desnuda a la noche

**SOMBRA** plumiza la noche  
se zambulle en el silencio,  
se descuelga como un monstruo  
que baja a dormir al mar.

Tras de bañarse en el manto  
negro de la oscuridad,  
a la mañana despierta  
ebria en la claridad.

Que como una garza de oro,  
tirando el negro crespón,  
entre pájaros el sol  
la desnuda y la da blanca.



## Ahora la salud

**NO** hay que pedirle a Dios  
ya se cansó de dar, y de escuchar,  
no quiere ya ni la plegaria ni el llanto,  
ni el arrepentimiento,  
hoy sólo quiere la higiene universal  
del corazón humano...  
La Salud: desde la balanza del almacenero  
a la del médico, y la del abogado...  
la de todos, incluso la del poeta.  
Solidariamente atentos y eternos  
podemos escuchar la voz de La Salud,  
la voz de Dios que está ya reprochando:  
¡basta ya de rezos! ¡Ahora, a jugar limpio!

## Una foto del noventa

**Yo** no estoy en esta foto  
 pero sin duda me veo,  
 pues pretendido me creo  
 del corazón de ese tiempo.  
 ¿Qué será de esa señora  
 que tenía una sombrilla  
 y de esa bella muchacha  
 que se sonrió en el noventa?  
 Hoy al mirarlas estoy  
 rememorando este tiempo  
 y olvidando el mío me voy  
 con las dos en el recuerdo  
 hacia el día que quedó  
 parado en fotografía.  
 Me veo andando en la plaza  
 conversándoles a usanza  
 lo que en mi niñez en chanza  
 me conversaba un abuelo,  
 las acompaño paseando  
 hasta un sombrado rincón  
 ya con una en cada brazo  
 cuando el fotógrafo apunta  
 y siento cuando pregunta:  
 —¿Le hago una más para él?—  
 ¿Qué será del chasirete  
 del ochocientos noventa?...  
 Si lo estoy viendo patente  
 cuando revela su placa.

Así me ronda el recuerdo  
 de un día que no he vivido,  
 cuando me siento en la plaza  
 quizá en el mismo lugar  
 de aquella fotografía.

¿Qué será de esa señora  
 que tenía una sombrilla  
 y de esa bella muchacha  
 que se sonrió en el noventa?

## Desde el beso

**ESCONDIDO** rincón del mundo eterno  
donde la vida acurrucada en sombra  
cobija a un tibio corazón humano  
que ha de latir un día: desde el beso.

Polen astral, simiente que el amor  
fecunda entre la carne de dos seres,  
uniendo cuerpos en mandato oculto  
de regresar de nuevo: desde el beso.

## Primavera

**NO** sé por qué pero anualmente llega  
con su alegría y su aliento tierno  
la miro en cada rama cuando juega  
desalojando al achacoso invierno.

Los pájaros dan trinos y colores,  
¿a qué vendrá? No sé pero el ambiente  
se hace el amor desde las mismas flores  
y hasta el olor del mar está caliente.

La siento cuando llega en la escultura  
de una joven ceñida en la pollera  
que apétala la flor de su cintura.

La veo en el color que desespera  
en cada flor por desterrar el luto  
al darse anual y culminar en fruto.

## El hongo

**SOMBRILLITA** del hongo  
pan húmedo del alma  
de la tierra mojada,  
semilla de la carne  
de lluvia coagulada;  
enano sombrerito  
hecho bombita blanca  
del soplo de algún duende,  
o luz en flor de espuma  
que bajas en la noche  
de la redonda luna.

## El todo en los dos

**ESTA** tarde está en mi y en el recuerdo...  
Tantas veces que sentí el ayer en tu mirada,  
viva la hoguera y la lucha del amor edénico;  
en el calor de tus manos el pulso universal.  
Desde un día lejano en la edad del mundo  
el infinito atisba nuestros gestos.  
Alguien te ha mandado a dar estas señales  
con la atracción que está en los dos  
que sólo el amor comunica.  
Tristezas y alegrías entre días y noches  
te sienten en mi sangre girando como un astro.  
Tus señales le llaman al amor  
para encontrar el Todo en tu mirada;  
navego entre tus ojos con viejos argonautas  
flotando en el astral y profundo desvarío  
de sentir y soñar cada minuto,  
un algo así como el vivir de todos.

## Reproche del tedio

**E**n la llovizna me recuerda el viento  
lo que en lejana tierra en otro he sido,  
a la distancia un acordeón que siento  
me lleva hasta un pasado ya vivido.

Llovizna y son, como un paisaje humeante  
opacan el vitral de mi ventana,  
de rato en rato pasa un caminante  
mientras el tedio llora en la campana.

Un caballo..., un viejo cocherito  
pasan como en un silencioso grito  
arrastrando un esquema de los pobres,  
sacudiendo el rubor de mi pereza  
me hacen pensar esos realmente pobres,  
que aún es opulenta mi pobreza.

## A mis 50 años

**QUE** no se afane ya mi tiempo  
en esfuerzos para el medrar de los adornos.  
Hoy, el escalofrío de una campana  
sacude mi esqueleto  
en un llamado al tiempo de vivir  
la paz en movimiento.  
Anochece lento en mi sangre  
el fulgor de mi niñez,  
el mismo rojo que fuera ascendente en la pradera  
cae otoñal torciéndome la espalda.  
Hoy sólo quiero estar  
con el afecto memorioso de los dignos amigos,  
con la mitad en quien me multiplico  
y la ansiedad madura de infinito  
en que me renuevo cada día  
haciéndome más viejo,  
gozándome en el propio regocijo, andando  
con la integrada soledad de un universo.



## Las medidas

**LA** bulla pasa por las calles  
ya no se puede hablar, se callan los amigos  
te planchan las ideas...  
En el inventario hay otras cosas,  
las cuentas que nos llegan por correo  
(el cartero es ahora un ser mal esperado).  
La tele agrega nuevos dramas,  
la histeria general desfila por las calles  
disfrazada con finísima elegancia...  
El fabricante de ataúdes sonríe  
porque cuando abraza a sus "amigos"  
está como tomando las medidas  
siempre ganancioso, pero a la espera...,  
porque él también tiene sus medidas.

## Regresos

**AQUÍ** abajo,  
un arribista ciudadano murió,  
por un par de días  
será famoso y bueno  
en su crónica funeraria.

Allá arriba,  
el azufrado minero  
escarba el vientre rocoso,  
ausente de toda declaración de bienes,  
de elogios y de famas,  
de amigos y celos materiales;  
sin pájaros, sin árboles,  
ni la alegría de muchachas trasnochadas  
en el bailable del sábado .....,  
sin el grito multitud del fútbol.  
Ni una mejor paga puede mejorarle  
su vida ni su muerte.  
La piedra lo asimila,  
se sacude la tierra que le cubre  
y esparce un anticipo  
de su regreso inocente al polvo cósmico.

## Sanatorio

**CASI** centenario  
un viejo grita un nombre,  
delira llamando a su mujer  
que murió hace 30 años;  
el médico le cura, le mimó la enfermera  
tratando revivirlo.  
Mientras, en otra parte  
se mató a un joven,  
—la radio dice—  
que quiso escapar del régimen.  
Se lo mató a balazos tras estar entero.  
La noche, el sanatorio, hacen pensar  
en los viejos y en los jóvenes,  
en mi corazón que late, en el de todos,  
en lo justo y lo injusto,  
en esto de reparar seres acabados,  
en esto de matar seres enteros...  
Felizmente, llega la mañana  
poblada de colores y pájaros,  
de sonidos, la luz en donde, el mundo  
alegre y dolorido siempre parece hermoso.

*Sanatorio San Roque  
Salta, 28 de mayo de 1900.*

## La mosca

**SÓLO** de nombre está sola,  
 no existe en singular,  
 hasta en un plato cae apareada.  
 En nuestra boca es la náusea  
 inmortal como el asco,  
 sobreviviente a todas las hecatombes,  
 multiplicada en la podredumbre.  
 La que nos suele divertir  
 arreglando sus alitas  
 o rastregándose las patas  
 como higienizándose para sentarse  
 sobre nuestro cadáver.  
 La que nos molesta en el rostro  
 porque está por llover.  
 Es la misma que pudo cosquillear  
 en la nariz de César o Platón  
 o en el rebosante y dulce pezón de Eva  
 cuando se llenó Caín o Abel.  
 La que abrevó en las heridas de Cristo  
 doméstica o gusanera.  
 Multitudinaria, expectante  
 de la roña y la muerte.  
 Fénix de la basura,  
 diseño de un antídoto  
 o inocente equívoco  
 de la Naturaleza.

Estibadora de microbios,  
 semilla, funebrera:  
 si este hombre no se higieniza a tiempo  
 estás a punto de ganar  
 y cubrir el mundo de una nube zumbadora  
 bajo lo que no quede  
 de nadie ni el recuerdo.

## Desnudo púber

**QUÉ** bella es esta niña,  
la veo tan ampulosa  
tan fina su cintura  
tan curva su cadera  
cimbreada y tan coqueta.

Que lástima que veo  
también el más allá:  
su hueso entre la tierra  
como el que en mi niñez  
pisé en un cementerio.  
Se dirá para entonces  
¿qué fue de la coqueta?  
¿del juego de su curva  
de su cintura fina?  
Yo sé que tras su muerte  
no estará en el cielo  
ni en infierno alguno,  
ni en ese muerto hueso.  
ya seco entre la tierra...  
Será en otra igual,  
porque antes el amor  
la habrá multiplicado,  
coqueta, igual su carne  
cimbrando en su pollera,  
eternamente viva  
bullendo en carne y hueso.

## Devenir

**OH** tiempo que me construyes  
y destruyes: andando.  
En el insomnio  
asustados recuerdos,  
combaten dentro de mí,  
tu porvenir repetido.

## Mecanismo

A los 20 años era otro, creía  
por entonces que nada se gastaba,  
sin sospechar de nada, no sabía  
que el tiempo es el eterno y yo pasaba.

En el suelo del viejo cementerio  
ví pelos, dientes, ropas, sortilegios  
el viejo mecanismo del misterio  
en donde mueren todos los prestigios.

Después, no creí en la edad, lo joven  
o lo viejo, lo vivo o lo muerto,  
se fomentó en mi pensar que es cierto  
que un alma está pasando en lo que ven.  
mis ojos, en lo que le va ocurriendo  
a éste que se va en el que está siendo.

## **Del libro SOLILOQUIOS y ENSAYOS 1972**

### **Soliloquios**

**UNO** no escribe para que lo lean,  
sino para aprender a escribir  
y uno aprende a escribir  
para que lo lean.

Para apreciar el tiempo en que se vive, hace falta tiempo.

En muchos aspectos, los hombres se asemejan a las plantas, aún en aquel en que las plantas “no progresan donde quieren, sino donde pueden”.

El hombre pertenece al reino animal..., pero algunos más que otros.

“Los pájaros no cantan solo por alegría, sino también para manifestar sus pequeños estados de iracundia” (J. Huxley). No hay que idealizar demasiado entonces ante la belleza del canto del Zorzal..., a lo mejor en una de tantas está despoticando contra su “cónyuge” o ex pretendida.

Educación y Cultura parecen sinónimos pero únicamente la primera puede aparentarse, la segunda no.

La mujer puede dominar al hombre, mientras ella no se transforme en dominante.

La alegría está siempre al lado de algo que se ha ganado, aunque también existe la alegría morbosa por algo que se ha perdido.

Juan: –Me gustan los que mueren por su testarudez, pero más los que sobreviven por su cordura.

Pedro: –A mí a la inversa.

Juan: –Ciertamente, eres su testarudo.

Pedro: –No... , es que ocurre que muchas veces lo cuerdo está en lo testarudo.



Los atributos espirituales, intelectuales o morales no se heredan: lo aseguran los biólogos. Ello puede ser desalentador para los hijos de padres muy capaces, pero es también alentador para todos cuando se piensa que por perverso que sea el padre (o la madre), el hijo no heredará esa perversidad.

Cada generación debe en lo intelectual, empezar de nuevo, por cuanto el capital "intelectual" acumulado por un padre notable no se hereda. Paradójicamente el "capital material" –que sí se hereda– y que un mal hijo puede recibir en solapado el llanto, puede ser su ruina moral, física e intelectual.

La educación es el arte de ejercitar la hipocresía con la maestría de parecer un santo; no obstante, queremos con toda el alma a los amigos que la ejercitan hacia nosotros. Esa acción, a la que llamamos cordialidad o cortesía y que es lazo de las fuertes amistades, está regida por el intenso y consciente sentido de piedad.

La verdad desnuda ruboriza, por eso siempre la aceptamos, aunque más no sea con un vistoso disfraz.

Socialmente, un hombre de primera no hace sentir de segunda a los demás.

El disfraz permite disfrazarse de uno mismo.

Desde hace miles de años, la muerte nos está matando...¿no es éste un triunfo de la vida?

El que se siente disminuido sobre una bicicleta, quiere un gran automóvil para sentirse un gran hombre.

Evidentemente, se está errado, si uno cree que crece cuando empequeñece a los demás.

Si soy el atacante, contaré la historia de una manera. Si soy el atacado, la contaré de otra. Esto es lo que hace de la historia una ciencia ambigua, la única (a veces con dos conclusiones verdaderas), aunque antagónicas. Esa humana contraposición de inestabilidad y polémica la hacen una "ciencia incierta" obsesionante.

Generalmente el suicida es inocente porque se mata en defensa propia.

El pensamiento es el sortilegio que hace creer al hombre que es más importante que los otros seres.

La castidad consiste en no descubrir jamás la diferencia del sexo opuesto.

El matrimonio y lo que permite hacer legalmente funcional al amor.

En el tiempo, nuestra vida, no será la que hoy vivimos sino el recuerdo de lo que de ella quede.

El único mérito del ignorante discutidor es el de que discute para aprender.

La ironía del refrán “tan refranudo y desnudo” se desvanece cuando uno piensa que Adán vino desnudo y sin un refrán.

La Biblia tiene la picardía de ubicar al primer hombre, pero no al último.

La misma picardía de la Aritmética, que nos dice que el Uno es el primero, pero no nos dice cuál será el número último.

El drama del avaro radica en que tiene una vida limitada para acopiar un infinito.

El duelista no quiere matar ni ser matado; sólo intenta salvar en el campo del honor, la imagen de lo que a juicio de los demás él es.

Los malos ratos nos hacen fuertes y la felicidad puede trocarnos en egoístas, pero, nadie a quien demos malos ratos a través del egoísmo nos agradecerá el haberle hecho fuerte.

En el mentiroso lo cierto se hace reconocible en que cuando dice la verdad se ruboriza.

Generalmente, una mujer recta, no es curva.

Por el contrario a lo que podría opinar un moralista: la mujer que se cimbra al caminar, es bien mirada.

Una mujer sin mácula suele ser tan transparente, que no se la ve.

El machismo es una femineidad masculina.

Hombre de paz es el que tiene la fortaleza como para asimilar los golpes, la suficiente como para poner la otra mejilla.

Pensándolo bien, una patada es un golpe dado con una pata por un animal y no puede ser atribuible a un golpe dado con un pie humano. Lo que pasa es que generalmente quien tira una patada es un animal.

La muerte sólo debe ser agradable cuando entramos a ella con las mismas ganas con que, ya cansados, nos acostamos a dormir.

La personalidad se basa en el constante plagio a sí mismo.

El Conde de Lautreamont se contradice en una misma página de sus POESÍAS, cuando escribe: quiero que mi poesía pueda ser leído por una joven

de catorce años y más abajo reprocha: Cantar a Adamastor, Joselyn o Rocambole, es pueril ¿No cabe preguntarse, acaso no es pueril escribir para una joven de catorce años?

Tratar a una persona con desdén y suficiencia generalmente es síntoma de insuficiencia.

Es evidente: el que inventó el refrán “crea fama y échate a la cama”, era un soñador.

La modestia del muy capacitado requiere una profunda seguridad en sí mismo. “Una humildad hipócrita” –si se quiere–, pero se trata de que al hombre capaz le gusta muchas veces bajar, con la generosa intención de ver elevarse a los demás siquiera hasta una mediana altura.

El enamoradizo es un pretencioso que quiere perpetuarse en todas las bellas mujeres; halla la propia justificación en que un bello cuerpo femenino es una incitación a la eternidad.

Ser enamoradizo, no quiere decir que se tenga un sólido concepto del amor.

Una mentira, no obstante tener la certeza de que falsea la realidad, hace denodados esfuerzos por parecerse a una verdad.

El querer ser verdad es el único mérito de la mentira.

Hay seres que para sentirse importantes, les basta con aparentarlo.

Si vivir con el cuerpo auestas es difícil, cuanto más debe serlo sobrevivir sin él.

La mujer actual, busca su liberación del hombre... para esclavizarse.

Aprender a leer las palabras es ya un mérito elemental; aprender a comprenderlas es ya mucho más que saber leer. Si decimos el hombre es perfecto, nos referimos también a la mujer. Pero cuando decimos la mujer es perfecta no nos referimos también al hombre. De lo cual quizás se pueda pensar que fue el hombre –es decir el varón–, quién inventó el sentido de las palabras.

La publicidad que a veces en política promueve a un primer plano a un hombre de segunda, generalmente le hace creer que es un hombre de primera.

Ningún prócer, fue un santo. Ante este criterio, comprobado, no falta un panegirista de la historia que quiere hacer de un bandido un prócer.

La soledad, que da más fuerzas al fuerte, mata al vanidoso.

La palabra amante ha perdido prestigio ante la ley, por no ser fiel a un solo significado.

La sabiduría no nos sabe decir nunca si el tiempo se está yendo o viniendo; lo cierto es que nosotros nos vamos.

A más de sadista, el cruel es masoquista, porque cuando goza haciendo un daño, de alguna manera desea que se haga lo mismo con él.

Las tierras áridas, esto es las tierras sin agua, generalmente no dan frutos; es una convicción que no necesita más razonamientos. La vieja conclusión "Runa allpa kamaska" (el hombre es tierra que anda), es apenas una metáfora de otra realidad más tangible: el hombre es agua que anda, que vive y anda mientras el desnivel y el desequilibrio constante por buscar el equilibrio, lo hacen caminar con la misma salud del agua, que necesita siempre bajar por la tierra y subir por el cielo, para seguir un ciclo de vida renovada en río, mar, nube y lluvia..., de vida y muerte constante que es la eternidad de la naturaleza, que es agua que anda.

Curiosamente, los seres más mortales son los que más aspiran a la vida eterna.

Lo malo de la adulación es que no actúa mayormente por piedad, sino por obsecuencia.

En una mujer hermosa generalmente, la vanidad vence al pudor. Luego viene aquello de: la suerte de la fea, la bella la desea.

La prostituta, siendo una mujer inhábil para hallar un hombre que la mantenga, encuentra, sin embargo, a un hombre hábil para el ocio, al que mantiene.

El hombre y la mujer dignos no se venden, pero son conquistables.

Quien se admire frente al espejo como un hombre derecho, que recuerde que la imagen está invertida.

El abrazo del funebrero, produce la sensación de apretón de una cinta métrica.

La mentira solo puede ser noble cuando la verdad se doblega ante la piedad.

Ser un hombre corriente es ya un mérito en razón de que hay muchos estancados.

El que hace daño y lo justifica con un refrán, se dará con un contrarrefrán.

Cada uno tiene su verdad, pero a la larga a todos nos doblega la verdadera.

Se da menos el mártir que el héroe en razón de que se necesita más convicción y más valor para dejarse matar por una causa que para matar por ella.

La metáfora es la más directa manera de decir una cosa con indirectas.

Para reconocer un científico de un charlatán, baste recordar que la fantasía profética es un peligroso pasatiempo en el que no cae el científico.

Bañarse en la tierra es también un modo de lavarse; sin duda es esta una sucia metáfora, pero la única manera de ser un límpido aterruido, es consustanciándose con la tierra.

Si un bello cuerpo desnudo fuera inmoral, un cuerpo obeso vestido debería ser una ignominia.

La diferencia de los sexos es muy notoria en ciertos momentos, a una mujer que va a ser madre se le nota: a un hombre que va a ser padre, no.

Eunuco es un término sin femenino, exclusivamente masculino, sin embargo a ningún varón, le gustaría ostentarlo.

La fuerza que se nos opone es la que nos hace avanzar.

Dogmático es generalmente, un ser que es capaz de matar con un golpe de crucifijo, de hoz o de martillo y sentir que merece la bendición de Dios y la aprobación del Estado.

Los únicos que de alguna manera están vivos en el más allá, son los inmortales que recordamos acá.

## Los impulsos

**SIEMPRE** estamos con ganas de hacer algo; sólo el tedio es capaz de hacernos desencontrar aún con el sueño. Una tentación está ya mismo tratando de iniciarnos en algo que puede ser bueno o malo. Impulsos “extraños”, nacen constantemente en nuestra sangre y sólo la educación los selecciona y reduce, conduciéndonos en lo posible hacia un actuar “con decoro”.

El no tan recóndito animal se amansa en el amor...., o en los amoríos, en la oración o la simulación, en la ciencia o la ficción, en el arte o las artesanías, en la figuración... También en distracciones como la TV, o un simple partido de fútbol, en la discusión, en la lectura, en el trabajo rudo, la gimnasia... En cada uno de acuerdo a temperamentos y posibilidades; en ésto, no nos quepan dudas que cuando las comadres sacan el cuero están apacentando una animalidad que de otra forma seguiría haciendo crecer los colmillos y las uñas, hasta reventar en histeria.

Impulsos hacia la acción para el sexo fuerte, de expectante y tierna sumisión, o si se quiere de tolerancia, o más aún, de comprensión, para el otro. Esto por más que alguien haya escrito que han existido en las más variadas razas y periodos de la cultura, comunidades en donde la mujer era considerada el sexo dominante; ellas eran las cortejantes, poseían harenes masculinos y el nacimiento de varones era considerada como un infortunio. Nos referimos a la obra “El sexo dominante” de Matild y Matías Vaerting. (Ella primero)

Porque a pesar de los humos de igualdad que se dan ciertas mujeres es aún de creer que muchos impulsos femeninos están condicionados a actitudes del varón. No es fácil creer en la igualdad...., una mujer no puede ser padre ni un hombre puede ser madre; esto es cómicamente obvio. Somos muy distintos el uno del otro (o de la otra), por más que aparentemente en cuanto a la forma sea mínima la diferencia: quedemos en esto de acuerdo con el “¡Viva la Diferencia!”, de los franceses.

Esa diferencia hace felizmente que no seamos un simple tallo hermafrodita, y moviliza todos nuestros impulsos. Si en lo sexual fuéramos un cuerpo con los dos sexos, seríamos ya fisiológicamente, por lo menos, el ser correcto que algunos desean ver en la especie; entonces “no pecaríamos”, no existiría tentación alguna, pero apenas si seríamos todavía una simple planta de choclos.

Es evidente que somos otra cosa: la hermosa y curvilínea muchacha que coqueteando se para al lado de un vigoroso joven, moviliza en éste tentaciones o impulsos iguales a la que puede despertar aún en un viejito verde...., o de cualquier otro color, siempre que éste sea un hombre en funcionamiento.

En lo que a la palabra impulso se refiere, ella expresa originalmente según la académica y escueta definición enciclopédica: toda instigación, sugestión, incitación a aquello que impele a realizar algo llevado por la impresión del momento; un impulso es aquello que instiga a realizar algo sobre todo sin reflexión alguna ni cautela.

Todo acto por grande o pequeño que sea, parte de un impulso inicial que nace irreflexivamente, luego crece y se asienta en la reflexión hasta realizarse o frustrarse plenamente, para bien o mal.

Sí se encuentra similitud en ciertos actos de los hijos con relación a los de los antepasados, si hay tendencias, impulsos que se repiten de padres a

hijos, de tatarabuelos a tataranietos, habría tal vez que buscar sus causas en las leyes de la herencia, si desconfiáramos de lo que dicen los biólogos. Aunque no hay duda que las fuentes que originan muchos impulsos que parecen inexplicables, hay que buscarlas también en relación al medio externo en que hace cada ser se radica. Ante un mismo hecho o fenómeno, muy distintamente reacciona una persona de clima frío que otro de clima cálido. El tiempo, la época la que se vive, acondicionan, además nuestros impulsos. Napoleón ha inducido a muchos de su época, en diversas partes del mundo, a impulsos iniciales que tras la reflexión, emularon sus campañas, o por lo menos el meter la mano en el pecho; ésto, por citar un ejemplo con un personaje histórico y claro. Contemporáneamente, Fidel Castro fue emulado también, en diversas partes, con impulsivas y barbudas acciones.

El hecho de que el medio tenga una gran influencia en los impulsos humanos, no es más notable en principio, de que a cien grados el agua hierva y a cero grado se congele. El agua es agua en cualquier parte y si bien en los lugares fríos es apacible, tiende a hervir en los lugares cálidos; en cuanto a su relación con el hombre, recordemos que el 70% de nuestro peso corresponde al agua y en mucho nuestras reacciones son primordialmente hidráulicas. De manera que aquí, se equivocó la Biblia: volvemos más bien al agua antes que al polvo.

Los impulsos han de estar, sin duda, directamente vinculado a los sexos puesto que aquellos no existen en organismos, como los de las bacterias en que el sexo parece faltar. Al respecto, dice Julián Huxley: "El sexo, interviene, inevitable y fundamentalmente en todas nuestras acciones y actividades. El hombre y la mujer difieren, no solo físicamente sino también psíquicamente y nuestra arquitectura mental es tan particular que pocas son las actividades de la vida en que no intervenga de algún modo, el instinto sexual, aunque se haya transformado y sublimado "(La herencia, J. Huxley)".

Puede ser que el mundo vaya hacia la supresión de todos los impulsos nocivos, o por lo menos, su neutralización a través de una educación adecuada. Cabe apetecerlo, como lo pensó ya H. G. Wells y tantos otros; de tal manera que serían innecesarios la existencia de un gobierno central, tribunales, policía, etcétera.

Si el siglo XIX se cerró con la admiración y el asombro de que las fuerzas inorgánicas habían sido dominadas en gran escala, el júbilo al cierre del nuestro puede residir en el dominio de lo orgánico, con su secuela de reacciones e impulsos de la vida psíquica. Si ya el síntoma del progreso parece vislumbrarse en una paz duradera, el triunfo definitivo del hombre será logrado cuando sea capaz de neutralizar, o desterrar definitivamente a sus impulsos nocivos, pese al clima y al lugar en que se desarrolle socialmente.

Y en lo social, lo que cuenta son sus impulsos constructivos y sanos, primordialmente el impulso creador, aquel que hemos dado en llamar "inspiración". Aunque en todo trabajo realizado se trate de un 1% de inspiración y 99% de transpiración. Si bien el "slogan" estuvo a la medida en boca de algunos que, como Edison lo enarbolaron, no se puede negar que toda buena realización parte de una inspiración. La idea de un poema bien realizado nace en el poeta en un determinado momento y aquél hasta puede realizarse casi completamente de "un solo envión"; el pulimento es posterior ¿Quién no sabe que hay muchas obras de arte nacidas así, casi en una sola sesión? La idea se presenta tanto más completa cuanto más ha

estado ocupado en ella el subconsciente, que es quien realiza el trabajo de incógnito, para aflorar repentinamente. Muchos compositores y poetas se han referido a que algunas de sus obras fueron realizadas de una manera espontánea, como si alguien o algo se las dictaran al oído: indudablemente ese algo, es el resultado de una insistencia intelectual sobre un mismo asunto y su consiguiente madurez técnica subconsciente. Mientras más se ejercitan las habilidades, es natural que más evolucionen nuestras facultades y que cada vez sea más fácil y perfecta la obra realizada. En aquellos en que las facultades intelectuales están en continuo ejercicio, la inspiración, esto es el impulso intelectual de creación, no halla escollo en florecer continuamente en obras espontáneas y plenamente realizadas en cuanto a contenido espiritual y formal.

Para que el impulso creador se produzca, se supone lo que el hoy anacrónico Lin Yutang imaginó para lo que debe ser un artista, esto es: un hombre libre de las cadenas de la sociedad y de las tentaciones del otro. Un buen artista debe ser un hombre integro, una persona que asimila lo mejor de la cultura y del espíritu de la naturaleza y que no puede tener sino impulsos en su mayoría nobles y generosos.

Un artista sólo tiene generalmente impulsos creadores nobles porque siempre está en un digno ejercicio intelectual; no obstante, los artistas y filósofos se ven también a menudo presa de las más extrañas tentaciones, canalizadas hacia buenas acciones por el producto de una “cultura de la buena educación”.

Los recuerdos son fuentes de impulsos insospechables; sólo el olvido es la negación de toda acción y de todo impulso bueno o malo.

La inspiración misma es el reflejo súbito de un recuerdo, tal vez multiplicado en numerosas facetas. Un recuerdo puede ser un punto de partida que se nutre a través de muchos otros recuerdos que enriquecen una imagen o un motivo original de un trabajo de creación. El olvido es la inacción y la muerte.

Toda creación artística o intelectual debe ser en mucho, la sublimación de recuerdos y nostalgias seleccionados, aún de recuerdos que traemos en la sangre desde otras generaciones.

¿Podríamos decir que los impulsos notorios que condicionan la conducta de un hombre constituyen su personalidad? ¿Y aquellos impulsos que quedan latentes y sofocados? En realidad, el término ‘personalidad’ sólo tiene una acepción adaptable a nuestra vida social. Así, para los demás, nuestra personalidad está constituida por el conjunto, el total de rasgos psíquicos, intelectuales y morales que en lo social hacen que nos diferenciamos de otros, aunque íntimamente muchas veces la personalidad de un hombre puede ser otra, la que podríamos llamarla íntima y hereditaria, aquellas que sólo cada uno se reconoce en sí mismo, por más que los biólogos digan que no se heredan los temperamentos.

Pero es claro que la personalidad no sólo es eso: “Falta todavía un no sé qué, que determina que cada individuo sea él y no otro. Es necesario añadir este perfume, este aroma, cuyo análisis es difícil, esta sensación sutil y verdaderamente específica que se desprende de nosotros y que puede ser comparada al encanto y a la emoción que brota de una obra artística”. (**Los mecanismos del cerebro**, de Juan Lhermite).



Y hablando del hombre normalmente corriente ¿Quién no ha refrenado alguna vez un morboso impulso que aparece subrepticamente? ¿Quién ante un abismo no ha retrocedido con temor ante el recóndito impulso que nos hace pensar con terror en lanzarnos?

Impulsos de la más diversa índole nos rondan a diario y nuestro equilibrio mental reside en saber contrapesar y sofocar tentaciones en este juego en la cuerda floja. El instinto de la maldad, de los impulsos malignos, necesita a diario de un ejercicio constante de liberación; una liberación que se consume a través del amor, la ciencia, el arte, o de simples distracciones; siempre dentro de normas socialmente tolerables, para convivir en paz, esto aunque llegando a la conclusión de que estando nuestra conducta supeditada a un retén consciente, tengamos que definir a la educación como: la hipocresía de nuestra animalidad...

La sima que nos distancia de las bestias y nos difiere en cuanto a impulsos, parte de un desnivel de inteligencia cuya suprema prolongación es el lenguaje.

Aún bajo el replanteo del pensamiento cae uno en el temor de lo incongruente, de reflejos a merced de meras palabras, sin verdad, esto es, de simples impulsos que disfrazados de reflexiones pretenden dar la imagen de un testimonio. La reflexión es la base de una vida en que los impulsos están bien dirigidos.

Si a veces algo nos moviliza, nos impulsa a comunicarnos de esta manera, con palabras con otro ser, el lector, es más que nada por el ánimo de una honda pasión de compartir la verdad, o la intención de aproximarse a ella.

La fuerza de los impulsos mentales en todo artista busca centrarse en la concreción de un pensamiento organizado con ideal de perfección, comunicación, belleza y sana acción.

***Sólo cuando combinamos nuestra investigación de la verdad comprobable con estas supremas aspiraciones llegamos a ser hombres perfectos. Esta es la causa de que el “simple científico” no sea un gran hombre, ésta es la causa de que el arte o la literatura sin la pasión por la verdad sean triviales y vacíos*** (J. Huxley).

## Música y pintura

El estudio de los elementos de comparación, es decir de todo aquello que en estas dos artes colindan o se diferencian puede resultar interminable, estimulado por el hecho que se trata de artes cuyo ejercicio depende de los sentidos más importantes en la vida intelectual: la vista y el oído... o el oído y la vista ¿cuál primero? Se podría razonar y concluir en que el oído es el más importante en la vida intelectual por cuanto un sordo de nacimiento nunca alcanza, los niveles educativos e intelectuales que puede alcanzar un ciego, pero, tras la enseñanza de Worringer, aplicable a conclusiones de toda índole, hay que andar con cuidado en los juicios terminantes: muy *contados son los hombres de cada generación, a los*

*cuales es dado pronunciar juicios artísticos que merezcan ser ratificados posteriormente.*

Es verdad que Beethoven fue sordo, que fue quedando sordo más o menos a partir de los 30 años, edad en que ya técnicamente, estaba formado, es decir, que ya tenía en lo intelectual desarrollada la idea del sonido, tono, armonía, contra punto, etcétera .... No se puede subestimar el valor de la vista en el ejercicio y desarrollo de la capacidad musical. Si se supone a Beethoven ciego a partir de los 30 años es de creer que no hubiera podido realizarse en la medida que lo logró; es de pensar si, que para el desarrollo y evolución de la capacidad intelectual y artística, es necesaria la integridad de todos los sentidos, por lo menos en el período formativo.

No obstante, cabe suponer que el órgano de la intelectualidad es el oído, por cuánto es de él de quien depende casi toda evolución intelectual. Aún el pintor, para quien la vista es su sentido primordial, necesita del oído para evolucionar intelectualmente y madurar sus conceptos e intuiciones en el ejercicio del intercambio de ideas sonoras de la conversación o de la lectura, que están basados en grafismos con equivalencias sonoras y expresivas, como son las letras y las palabras.

Para las profundas abstracciones de idea es necesaria, sin duda, una plena y constante evolución intelectual; un artista sin cultura y sin evolución no pasa de los simples ejercicios de los sentidos. Las abstracciones de las ideas musicales, han inducido a los más intensos filósofos y artistas a pensar en la Música como colindante con lo más puro de la creación intelectual en que pueda fructificar el espíritu: Música es el arte de pensar con sonidos y sin conceptos, escribió Combarleu. Es el arte más abstracto y puro por cuanto no necesita de la materia y dignifica cuanto quiere expresar, dijo Goethe. Todos los pensadores de todos los tiempos se han preocupado, en determinado momento, de la cualidad de la Música de expresar estados, sugerir momentos o paisajes, sin recurrir nada más que a sonidos diversos con los que el hombre no parece tener ninguna relación de práctica diaria, sino más bien mágica, pero que indudablemente, pertenecen a su vida; relaciones que sólo están por hoy escondidas, remotas, que involucramos a lo metafísico o lo mágico, pero aún no hemos descubierto en qué manera viven y están en nuestra vida psíquica y aún fisiológica. La salud de la bondad está definida por el aserto de que lo de que "los malvados no tienen música", que podría ampliarse en "los malvados no tienen arte".

Andrés Siegfried en su ensayo "Geografía de los sonidos y de los colores", dice que cada región de la Tierra parece poseer un tinte de atmósfera

que le es propio, una especie de suma permanente de elementos que la componen y que equivalen, por así decir, a su tonalidad. Valga aquí esta acotación por ver desde ya una de las tantas generalizaciones de la palabra tonalidad. Hoy ya se habla de tonalidad tanto en Música como en Pintura, como que se leen y se oyen referencias sobre colores estridentes, agudos o graves. Saliendo del aspecto metafórico y especulativo para entrar en los seguros dominios de la física, se podría hallar una relación ya de por lo menos elementos en que la música y pintura colindan, en los mismos en que ambas artes se basan: la Música en el sonido, que es vibración y la Pintura en el color, cuya definición según una de las tres teorías, la conocida por el nombre de “mecánica ondulatoria”, explica el fenómeno del color, con movimiento en forma de onda, a la manera del sonido, sin transportes corpusculares.

Casi siempre en relaciones de las dos artes mencionadas se ha hablado comparativamente de sonido y color, pero nunca se ha podido demostrar o decir algo más allá de lo puramente literario, de referencias que nada dicen más allá de un simple parentesco poético: Musorski realizó sus “Cuadros de una exposición” inspirado en los cuadros del arquitecto Hartman; otro músico, Boleslav Jirak, escribió una suite “Los colores del arco iris”. En otros casos los pintores buscan hacer “música en sus cuadros”. Romain Roland advirtió, a su hora, la infalibilidad con que las artes como la Música y la Pintura, se penetran mutuamente, ocurriendo a veces, que la Música se hace Pintura y la Pintura, Música.

Esa afinidad de relación, esta compenetración mutua en muchos aspectos expresivos coincidentes, puede encontrarse en los periodos músicos pictóricos que dieron en llamarse impresionismo y expresionismo. Períodos en que la Pintura se anima de una intención musical y la Música de una plástica. Más extrañamente en la música de Schoenberg, que parece llevar una intención esqueléticamente científica, o metafísica, diríamos, para usar otra vez el término. Debussy, considerado “inventor” de lo que se llama “color” en música, es, no hace mucho superado por Schoenberg (en complejidad técnica), quién quiere llevar a la Música a salir de toda dependencia tonal, porque en efecto, es sabido que en Música, técnicamente hablando, debemos referirnos al comentar la estructura de una pieza, a sonidos y tonos.

Se ha pretendido relacionar a los siete sonidos con los siete colores del espectro y hablar tanto en Pintura como en Música, de tónica dominante y subdominante. Toda música elemental o popular está basada por lo general en un juego de tres notas sobre la que se mantiene el equilibrio melódico de la misma; esas tres notas son la tónica, la dominante y la subdominante. En un cuadro podríamos hacer extensivas esas relaciones de dependencia en cuanto a colores, pero hablando claro está en ese caso, en una forma puramente ilustrativa o figurada antes que matemáticamente cierta, como ocurre con la Música.

Podemos hablar tanto en Música como en Pintura, de color, tono y composición. En realidad no sabemos cuál de las dos artes se ha valido primero de esa terminología, porque llegar a componer un cuadro es algo, si se quiere, muy similar a componer una página musical, ya que en ambos casos se entabla una continua búsqueda de los artistas por equilibrios de formas y tonos, de manera de llegar a un estado en que la obra puede pararse sola, en equilibrio, vivir por sí misma.

Tal vez en lo que se refiere al ritmo, la palabra no puede hacerse extensiva a las dos artes; como lo dice Leopoldo Hurtado, en las que predomina el carácter espacial, *como en la arquitectura y la pintura, sólo puede hablarse de ritmo en cuanto concierne al equilibrio o simetría de las formas, o la concurrencia espacial de determinados elementos*. Sin embargo, aclaremos que, aunque los elementos de la Música son melodía, armonía, ritmo y “color”, sólo el ritmo es el único que puede subsistir, aún sin valerse de sonidos.

De la misma manera en que se ha vinculado a Debussy con el impresionismo, tanto musical como pictórico, por cuánto se trata de un periodo en que tanto la Música como la Pintura se prestaban terminología, sugerencias y títulos de las obras –dice el musicógrafo Adolfo Salazar–, se incluyó a Schoenberg y adeptos en una vinculación con el expresionismo pictórico alemán. Era una época en que pintores y músicos buscaban el acercamiento y el “parentesco” entre ambas artes, tiempos en que el mismo Schoenberg se hace pintor y en que pintores como Kancinsky llamaban improvisaciones a sus cuadros, y al pintar procedían bajo la sugestión de estar componiendo música.

Ya un poeta anterior, Verlaine, había abandonado su celo por la primacía estética de la Poesía al manifestar en verso, entre sus aspiraciones expresivas: *hacia la música ante toda cosa*, a la que se adhiere la opinión actual de Walter Pater: *Todo arte aspira incesantemente hacia la condición de la música*.

Como está claro, en lo referido no hay más que relaciones de Música y Pintura dadas por palabras, que no conducen a una aproximación clara de elementos en que dichas artes colindan y son hermanas, quizás en mayor medida que otras. Los mismos artistas sienten esta proximidad en forma intuitiva y cómo ambas artes se integran y necesitan la una de ideas dadas por la otra. Esas afinidades y relaciones existen indudablemente y pueden presentarse a oscuras u opacas en ciertos periodos. Esto, ante el recuerdo de lo que escribió no hace mucho el músico Alfredo Casella: *Sólo hallo en los últimos 40 años, una gran relación entre todas las artes en lo que respecta a la falta absoluta de claridad de ideas*.

Estamos en una época en que los mismos músicos compositores buscan nuevos métodos y técnicas, elementos y procesos, en que no sólo les preocupa la integración y el ejercicio de sus inquietudes estéticas en relaciones de Música y Pintura sino que siguen buscando el renovar, reoriginalizar la música en sus viejas relaciones con la Literatura.

El hombre refina cada vez más su sensibilidad, su capacidad de creación y va encontrando afinidades entre inquietudes que pueden parecer dispares, pero que están hermanadas en sus marañas profundas; esa hermandad aflora en las obras de los grandes artistas que saben resumir, consagrar la indisoluble unidad y orden de lo incommovible y bien realizado.

## Selección de Notas en el diario EL TRIBUNO

### Machismo y marimachismo

Apoyados en la historia, es para pensar –sin pecar de machistas– que desde siempre los varones tuvieron preeminencias sobre ellas. Si desde los orígenes consideramos que toda milicia fue masculina y que lo militar dirimía y finalmente (con machismo prepotente) consolidaba las potestades civiles. Felizmente las mujeres no se militarizaron nunca. ¡Dios nos libre! –dicen por ahí– porque ya están empezando.

Por otra parte, no salió aún ninguna filosofa ni una mesías. No se dio una compositora de fuste ni una gran economista... ni una gran oradora... ¿o sí? Si salió por ahí una militarizada como Juana de Arco fue sólo para que la piedad la canonizara al final: a los 17 años autorizada por el rey francés Carlos VII, se puso al frente del ejército y alcanzó grandes triunfos sobre los ingleses. Éstos, humillados por el increíble “machismo” de la doncella de Orleans, finalmente la tomaron prisionera y con la “característica caballerosidad inglesa” la quemaron viva...

Sin embargo, cuando se dio una Golda Meyer, una Indira Gandhi, una Margaret Thatcher, ¿no será también que medió el consentimiento de los hombres, incluso los machistas?

Porque las mujeres modernas, al invadir profesiones que se tenían por netamente masculinas, exhuman o ponen de moda esto del “machismo” como quien hasta ridiculiza a los varones como groseros cuando no se las deja hacer totalmente mucho de lo que el varón supone le compete y, generalmente, puede hacerlo mejor que ellas.

Cuando se dijo “El hombre fue hecho a la imagen y semejanza de Dios”, se refirió también a la mujer. Cabe suponer que los varones fueron dando propiedad a los significados de las palabras, y si bien Dios es espíritu puro sin sexo, en lo gramatical hasta Dios es masculino... Y en la creación, lo hizo primero a Adán, después a Eva: ¿Dios también es machista?... ¿Y acaso la recién casada al momento de ser una “primeriza”, no lo es también cuando siempre aspira a un primogénito varón?

Es verdad que existieron las diosas, pero fueron siempre deidades secundarias. Aunque la pleitesía feminista debe estar conforme con aquellas poderosas deidades como las “Grandes Madres” o de alguna otra como la Pachamama. En eso de nuestros indígenas, fueron grandes feministas.



Se dice que originalmente 'hombra', era el femenino de hombre, femenino que se trocó en hembra, palabra que ahora en la propiedad popular de la lengua y en lo relativo a nuestra especie más bien es sinónimo de "querida" o peyorativo de "amante". Nadie llamará así a su esposa por machista que sea, apenas si se anima a presentarla audazmente como, "mi mujer" y decimos bien "audazmente", ya que, a veces, la mujer que se presenta no es

la esposa ¡puro cuento! en estos tiempos!, se dirá. O sutilezas de las palabras que mezcladas se hacen gramática y finalmente jurisprudencia.

Los conceptos “machismo” o “machista” deben ser relativamente nuevos en cuanto a palabras aceptadas y no figuran en los diccionarios más o menos recientes. Pero han empezado a ser muy empleadas, sobre todo por las damas cuando exigen un trato igualitario en los diarios quehaceres sociales....

Porque, si se consideran en igualdad los varones en todo, Dios nos libre de una mujer que pudiera “pulsear” o dar una trompada con la potencia de un hombre —que parece las hay— o pensar como un Sócrates o componer con la virilidad de un Beethoven...¿Habría que suponer que hasta el Martín Fierro es machista cuando en su contrapunto con el moreno, dice: “En los pájaros cantores/ sólo el macho es el que canta”?, porque más que a cantar, se refiere a quien debe tallar el mazo.

En realidad la palabra “machista” es la ‘nueva’, pues las actitudes del machismo en ciertas formas existieron desde siempre. Desde que el hombre fue dotado por la naturaleza para ser más fuerte y desde que Dios lo hizo al hombre “hacia afuera” y a la mujer “hacia adentro”.

Y esto sin ningún sentido vejaminoso en cuanto a que la mujer pudiera quedar disminuida. El término “machista” se comenzó a aplicar recientemente a los hombres de una hombría demasiado histriónica y a veces cómica —es cierto—. Porque en las actitudes sin ser el concepto no corre.

Cuando el “viejo” Julio César conquista a Cleopatra no lo hace “de puro macho” o por hacerse..., sino que al final de cuentas puede ser que la reina lo conquista de puro feminista o, mejor todavía, de puro femenina...¡vamos de gran hembra!, como diría un español con naturalidad y sin machismo alguno, pero es basta que habléis así para que se los pueda juzgar de “machistas” por las demasiado susceptibles. Es claro también que hay que ser varón, pero no pregonarlo demasiado, aunque el verdadero y sano varón a veces teme de los más mínimos gestos afeminados.

El ejercicio machista (porque el machismo es indudablemente en ciertos casos) debe a veces someterse a preceptos ineludibles en la vida de las relaciones políticas. El protocolo de la Casa Blanca (en Estados Unidos en forma cortés, previene —por ejemplo— a un jeque árabe que debe asistir a determinada reunión acompañado con una sola esposa... el resto del harem queda en casa. Sabido es que la religión mahometana (machista por excelencia) el hombre puede ejercitar el “machismo público” y legal de tener varias esposas, mientras las pueda mantener, cuestión por otra parte ejercitada hipócritamente en muchas partes con licencias religiosas y jurídicas o no, pero con auténticas picardías machistas o de “estatus”.

Sin embargo, “olvidándonos de las mujeres de los jeques”, la mujer, en general, no quiere en ningún momento ser vejada ni disminuida por el hombre en su vida afectiva o de relaciones diarias. Es de suponer justo que una mujer que ama a un hombre no admite que éste —que se justifica como polígamo por “dotación natural”—, admire o estime demasiado a otra. El ejercicio del “machismo” no es tan simple que puede encasillarse en una corta consideración, ellas también puede justificarse con la poliandria. Si la divulgación de la palabra “machismo” es reciente, puede ser en razón, de que las relaciones de hombre a mujer han cambiado radicalmente. La mujer, originalmente sumisa de las directivas masculinas, hoy quiere (y está en su derecho) discutir aquella sumisión y no la acepta pero suele sobrepasar en sus

atributos transformándose en una sisebuta o en una Maritornes que no puede tampoco imponer a su otra mitad un sumiso conformismo afeminado...

Y muchas de ellas ocupan orondamente cargos que eran exclusivamente varoniles. Ganan bien; no necesita de un hombre a su lado que las mantenga; la suficiencia económica las hace considerarlos como prescindibles cuando no hasta ridículos si intentan una ligera crítica a su creciente masculinidad.

Y en esos juegos comparativos, a veces vejaminosos, son los que la mujer actual teme quedar disminuida entre los hombres. Ellas quiere compartir todos los derechos pero sin vejamen alguno, secretar y movilizar hormonas masculinas pero no aguantar las groserías con que el mundo golpea a los pantalonados.

De todos modos, ya que se habla de groserías, hay muchas que evidentemente, en forma innegable, permiten ubicar cuando el hombre actúa como un insoportable "machista", el que pretender subestimar públicamente a una dama por lucirse, en efecto, es machista; como lo es el que quiere pelear por impresionar a una o varias admiradoras. Lo es el hombre de pueblo que beodo o semibeodo se pasea exagerando su desequilibrio, ostentando su botella en mano... lo es el que pega a su mujer y hasta a veces el que en un coche majestuoso piensa que con él su virilidad aumentará... y hay para no terminar, casos cuya enunciación preferimos dejar a criterio de las damas.

Felizmente, el machismo no existiría de no existir la mujer, lo que puede ser un consuelo de tontos o de tontas, lo que ya es bastante, y al final no se puede pedir tanta corrección o sumisión a los varones, ya que no están conformados como una simple planta de choclo (que en un solo tallo tiene los dos sexos) y esto ¡gracias a Dios, que siempre sabe lo que hace!

Entre tantos gestos equívocos o aparentemente equívocos, el hombre (el varón) prefiere quedarse con los que lo muestran más a tono con su hombría.

Entre parecer un sospechoso afeminado o un orgulloso defensor de sus diferencias viriles, se queda con esto último, aun a riesgo de parecer grosero o resentido, pues al final las mujeres realmente feministas, entre las dudas de las preferencias, antes que a un ser intermedio, indeciso, dudoso, preferirán a un sincero evidente, viril y definido, aunque a veces sea un tanto ridículo por hacerse el demasiado macho... como parecerá a muchas el caso del firmante de esta nota que, por sobre todo, es partidario de una feminidad orgullosa, agresiva, pero sin marimachismo



## De la Coquetería

La coquetería debe ser una inquietud un tanto “reciente”, tal vez desde la invención de los espejos fieles. Cabe pensar que una mujer hermosa de rostro y cuerpo, ignoraba que lo era mientras no existía el plano pulido, el espejo que los devolviera exactos –aunque invertido–. Apenas si la mujer podría tener sin el espejo, la sensación de que era hermosa, por las informaciones de palabra del sexo opuesto. Ni aún así tendría esto alguna garantía, pues el hombre ante sus apetitos y para ganar favores o conquistar una mujer, es capaz de soltar los más ingeniosos coloquios.

La propia belleza es inherente al autoconocimiento. En el tiempo anterior al espejo, apenas podía hablarse con propiedad solo de la belleza de las propias manos o los pies ya que podía vérselas a las de uno mismo.

Desde luego quizá el primer espejo fue el estanque de un charco de agua. No en vano se supone –y así se pintó a Narciso enamorado de sí mismo– ante su imagen reflejada en un espejo hídrico, en el piso.

La invención y la realización del espejo perfecto es una de las más importantes de la historia en cuanto a su influencia en el ser psíquico. No hay nada que influencie tanto en una personalidad, como la propia conciencia de nuestra forma física.

Con la invención de la fotografía, del cine y la televisión, nuestra personalidad física comenzó a requerir apetencias inquietantes infinitas

## Memorias con animales

Estos gorriones que bajan a cada momento a mi patio, según los expertos en eternidad, son los mismos que de hace millones de años bajan, volaron y vuelan sobre los patios de Asia o Europa ... del mundo. Pero esa cuestión no es la que entrará en juego en estas recordaciones netamente animales en que se invocará su inteligencia y hasta diríase su ternura..., recordando también de paso que: el hombre pertenece el reino animal, pero algunos más que otros.

### Los Perros

Vale pensar que así como nosotros tenemos reacciones y actitudes netamente animales, hay animales que las tienen eminentemente humanas. Hoy, con solo mirar a los ojos de mi perrito se produce entre ambos –yo y él– una corriente de entendimiento mutuo que me llevaría a mí a menear la cola –si la tuviera– y él a sonreír con la boca, si pudiera arquearla.

A los diez años tuve mi primer perro recordable: el Chacho. Por alguna razón (que ahora entiendo) lo hicieron castrar. Yo mismo, con mi primo Matías, lo llevo a una señora que practicó la operación. Yo era inocente, pero hoy me duele haber actuado así como un perro como en contra de toda la especie canina. Debe ser desde entonces que siempre tengo uno o dos perros, quizás por reivindicarme con el castradito. Más que un sentimiento de culpa, alguna razón o sin razón de conciencia genética debe impulsarme a verlos enteros y reproducirse milagrosamente. Tal vez es el empuje del mismo milagro de cada vida, o el hecho advertido por los biólogos de que el hombre está solo y debe velar por todos.



Y hasta tuve –hace años –una perrita policía preciosa, que la llamábamos “La Niña”. Tiempo en que mi madre tenía una muchacha campesina, que cuando quería diferenciar a “La Niña” de las niñas de la casa, se refería a “la Niña perra”. La Niña dio a luz en una oportunidad ocho cachorros, cuyos descendientes debían estar hoy en casas de amigos.

La Niña, se perdió una noche de año nuevo, espantada por los petardos de la frondosas calendas de la década del '40; en un momento no visto en que se abrió la cancel habrá escapado hacia donde; ¡adónde habrá caído muerta! La busqué una, dos, tres, ... cien semanas por toda la ciudad. Sólo quien conoce una "ternura perruna femenina" puede imaginarse, cuánto la sentí.

## **Los Caballos**

No hace mucho, al hacer una larga excursión sobre un caballo y con él sobre los cerros de Guachipas, desde esa estatura novedosa miraba la cabeza del animal, sus enhiestas orejas, en un vaivén, la cabeza por mis 85 kilos a mis espaldas, subiendo y subiendo a cerros; me conmovió de repente, así al paso como iba, verla en cierta parte verdeante de la senda mordisquear los pastos, algunos yuyos de su gusto y continuar más caminando y comiendo con las molestias del freno, a la par de sus pasos.



***Bucefalo- Caballo de Alejandro Magno***

Rezumaba en ese gesto una como satisfactoria tranquilidad, un orgullo de llevarme a cuestras sin esfuerzos aparentes. Pensé en su alma (si la tuviera) y en los cientos, los miles, los millones de caballos anteriores y en los miles y millones de jinetes. Pensé en Güemes y su caballo favorito, en San Martín y el suyo..., en Napoleón. Con seguridad, que "Bucéfalo" —el caballo de Alejandro— también mordisqueaba el pasto cuando contento llevaba el paso a su joven y temible amo, seguramente muy poco más que un nadie, si no hubiese sido un ser ecuestre.

Porque sin el caballo hoy posiblemente no estarían en la historia como notables hombres de conquistas ni Julio César ni Napoleón ni ninguno de los famosos de América, porque sin el caballo —es claro— ni la conquista de este continente se hubiera realizado. Esto lo saben todos. Pero casi siempre olvidan que cuando se hace el monumento de un conquistador famoso, la mitad de su fama y sus hazañas están en el caballo. La verdad que falta entonces la estatua pedestre a este noble animal..., a él solito, sin nadie arriba.

No pude experimentar nunca que una gallina o un pez me despertaran una afectividad o una reflexión como la que despiertan un perro o un caballo, ni puede sospechar hasta el mismo momento del hecho lo que me pudiera pasar con un mono.

Una vez vi voltear de un árbol un monito con un rifle 22. El animalito cayó vivo al suelo y se puso a llorar; era como haber baleado un niño. No aguanté: lloré con él y más todavía; desde cuando murió me altera de nuevo

cada vez que lo recuerdo. Ni que pensar que ocurriese algo distinto al que hizo el disparo. Desde entonces adoro los monos.

Se dice que las hormigas son muy inteligentes, pero podemos pisar en unos en unos segundos centenares de ellas sin sentirnos conmovidos en lo más mínimo. La equivocada fábula de Esopo pinta muy laboriosa la hormiga y holgazana a la cigarra. Lo cierto es que cualquiera puede pisar sin problemas sentimentales centenares de hormigas y no se atrevería a poner su pie sobre una cigarra (con mayor razón si conoce el largo y misterioso proceso en que se forma una cigarra.... nuestro coyuyo).

### **Las Víboras**

¿Habrá alguien que crie un reptil con el afectuoso cuidado que se prodiga a un perro, a un caballo?

A los 14 años conocí en el ingenio El Tabacal a José Touceda Humano, un solterón admirable que criaba víboras en su casa, y no sólo eso: era capaz de levantar una yarará o una cascabel en el campo mismo. Ya lo conté en “En el canto del gallo”, en 1957, y no los repetiré exactamente, pues “la gente” –de todos modos– no quiere creer eso de que una noche en el ingenio en una calle, cuando “salíamos” del cine al aire libre (entre las cañas de bambú), José levantó una cascabel que algunos habían alterado. El animal, ya golpeado; al ver (es de pensar) que José corría a los circunstantes y se arrodillaba en una pierna llamándola y tendiéndole una mano sobre el asfalto, se aproximó a él y se le subió por el brazo. Él se la llevó a su casa. Esa es toda esta memoria y bien cierta, porque muchos años después yo, con más de 20, encontré a José en el ingenio Fronterita –de Tucumán– y me ratificó esa su facultad excepcional.

Mi única explicación posible, es la de que José vivía sintomatizado en una “onda ofídica” –aunque pensar así es inverosímil; es más inverosímil no pensar nada–, ya que los ofidios son los más espantosos y diabólicos animales, sin absolutamente nada emparejado a lo humano. Tal vez es el que tenía algo de ofidio era José. Ni él supo explicarlo nunca. Ya anciano, soltero aún y con una hijita, decía que ya no se animaría a esas viejas “performances”. La bella presencia de su hijita Esperanza –que hoy, ya mayor, debe vivir en Tucumán– implicaba que por fin otra clase “de víbora”, lo había llevado a afinidades más placenteras, netamente humanas.

## De leer y escribir

Escribir es al fin de cuentas una cuestión tan fácil como leer. La “cosa” está en aprender a escribir con claridad, de manera que el lector nos comprenda. Aprender también a comprender lo que se lee. La poesía actual requiere para su asimilación un trance de concentración muy similar y afín al momento y a la vivencia del poeta que la escribió.

Pero también ocurre que muchas veces que quien escribe no tiene mucho que contar o no lo sabe hacer y suele oscurecer las ideas por darse pisto o por lo menos aparentar una profundidad o una erudición que no posee. De allí, que no todos los que escriben un verso sean poetas.

¿Quién no ha leído alguna vez una prosa como esta?: “como quisiera que se me entendiera ad pedem litterae. Ser una ánima que no solo discurra por este mundo sino que ejercite su peñola tratando llegar –ante omnia– con nivea claridad al corazón de los lectores...” y es este un redactor que pretende ser claro, con esa jerigonza. Está bien que el latín sea la lengua muerta en cuyas radicales se apoyan nuestro español, pero de ahí a pretender ser claro, intercalando “latines” y una barroca terminología, parece exagerado. Cuando bien pudiera haberse expresado con estas palabras: “como quisiera que se me entienda al pie de la letra. Ser una persona que no solo se exprese con claridad en este mundo, que ejercite su pluma tratando antes que nada llegar con claridad a los lectores...” o algo así.

Le conté esto a un sacerdote amigo muy adicto a “los latines” y me contestó que no tenía nada malo seguir usándolo, pues era latín de todo (o antes que nada) la lengua de la filosofía. Replicamos que hasta el Vaticano había ya autorizado a dejar el latín en la misa y recurrir en cada parte “a lo criollo”.

Sin darse por vencido, manifestó que si vamos al contenido de las palabras, aún las del idioma que hablamos, a veces no la entendemos, y recurrió a mostrarme un poema de un poeta contemporáneo diciéndome: “está en buen criollo... ¿quiere decirme qué quiere decir?”. Con esa carta, me mató. No supe de momento qué decir hasta que les repliqué con otra duda, que es muchas veces una manera de empatar; lo hice con estas palabras: Mi escuálida vida se extiende más espantada de sí. En un infinito que me pesa y me oprime con su débil tacto, y le pregunté: ¿qué le parece? –¡Me parece una opería! –contestó –. Son las que integran el poema de Ungaretti titulado Siempre noche, – previne–. ¡Ah, qué bien! –concluyó– acomodando la situación.

Con lo cual volví a mi conclusión del inicio. No sólo hay que escribir con economía de palabras, sino también escribir claro. Y hay que aprender a entender bien lo que está bien escrito con las palabras de uso diario. Es esta una conclusión muy simple, pero que difícil de seguir hoy que al momento en que uno quiere meditar le invade la atrevida y alevosa inquietud de los barullos cotidianos.

## Elegía a Cuatro Siglos

Los pisos de las ciudades se superponen. Esta superficie de la Salta de 1983 tiene aplastados debajo, cuatro siglos, las pisadas de hombres y mujeres de otros tiempos, la sangre, los huesos, los recuerdos, una pátina sobre el pasado, que al igual que los hombres y mujeres reflejan en el rostro actual la resultante exterior de otros rostros que quedaron debajo, tapados por los años.

A los 60 años se siente una preocupación que no ocurrió a los 30 y menos a los 20. La sangre empuja hacia la piel la resultante de tantos presagios, víctimas de nuestras propias decisiones que afloran en el rostro y en el cuerpo. Si fuimos un ser sometido, los hábitos nos modelaron un contorno de ser “programado”. Y si logramos ser un hombre libre “—con todas las limitaciones sociales de una libertad relativa— generalmente resumamos a pradera, a potro salvaje, tal vez una frescura de animal feliz que está atemperado por la educación y la cultura.



Igual es una ciudad, pero ella debió aguantar la monotonía de las reglamentaciones diversas sometidas a los emplastes continuos de los municipios; la piedra bola cubrió el barrial, luego el granitullo o piedra canteada, el asfalto y finalmente el cemento. La semilla quedó sepultada y con ganas de empujar hacia arriba; no pudo germinar en la ciudad. Sin embargo, está esperando nomás a que abandonáramos la ciudad por un tiempo para empujar por los resquicios y terminar en monte cerrado. Sí; si abandonáramos nuestra ciudad una veintena de años se cubriría de maleza, aún por nuestras calles centrales. No pensemos que la naturaleza se doblegue con el progreso. No le interesa lo más mínimo y está velando nuestro descuido o nuestra muerte por dar sus nuevos resuellos y, más todavía, emerger revitalizando desde abajo para arriba y encontrarse con el sol, en una contrapuesta a la nuestra, que nos hundimos cada vez más bajo tierra, lenta pero inexorablemente. El tiempo nos destruye a la par que la naturaleza siempre se construye. Un niño que nace hoy, mañana es un día más viejo; nadie logra mañana hacer un día más joven..., salvo la naturaleza indestructible.

Debajo de mi ciudad están nuestros muertos, están las osamentas de tantas almas que se juraron un amor indestructible por un tiempo...; un nuevo contrapiso lapidó huesos, almas, sentimientos. El devenir eterno pone sus nuevos rostros, las imágenes de otros contornos. Pero el contorno de lo que nos deja es el que nos queda en nuestras almas pasajeras. Preferimos lo que va siendo pasado y bello. El pasado es seguro, gozamos de su existencia real por pasajera que sea; el futuro, en cambio, lo anhelamos como una esperanza que, aunque puede ser de mejoría, es incierto y muchas veces le tememos. Del pasado, nos regocijamos.

La Salta de antes, esa que está debajo de nuestras calles pavimentadas, solemos conmemorarla llenos de alegría. Pero ahí están tantas ansiedades muertas entre un polvo transmutado por el paso de los años, entre orines de un tiempo de a caballo, hueso de combates y batallas; un tiempo de vinchucas, pulgas, chinches, cucarachas, plagas y cientos de alimañas...; de noches sin luz eléctrica ni automóviles pero, sin embargo, un tiempo que se supone de paz, en donde los muertos podían de noche golpear nuestras puertas, tirarnos de los pies en la cama o convertidos en duendes, escondernos las cosas, jugar con nosotros. Un tiempo sin agua corriente y si nuestros comodísimos cuartos de baño actuales; tiempo sin jabones ni desodorantes exquisitos para refrescarnos y renovarnos los olores inevitables secretados en nuestras corridas por andar siempre atrasados, tan atrasados que por no saber a veces el día en que vivimos se tuvo que inventar el reloj calendario que nos dice no sólo la hora con la aproximación de una centésima de segundo sino ¡qué día es hoy...! lo que puede hacer creer que estamos bien maduros para ser bien sepultados, sepultando tal vez un tiempo que lo que nos sigan no añorarán... ¿no estaremos muertos ya para el recuerdo?

Remotamente se puede pensar que los salteños todavía no. Porque nos aferramos a un pasado que suponemos noble, bello, estático, quieto en el tiempo que no dejamos deteriorar por no deteriorarnos con la avasallante vulgaridad apurada del progreso, que pareciera siempre buscar más velocidad por llegar a un punto nuevo en que se “estandarice” la felicidad. Por lo menos el “confort” tiende a eso... ¿cuánto desodorante nos costará todo eso y cuántas células nerviosa cerebral, definitivamente muerta y esfuerzos físico totalmente estériles? Nuestros días, ¿llegarán también a ser un pasado añorado?

Hoy pudimos perder una amistad por causa de dinero...; mañana perderemos los dientes, los cabellos, la vista (algunos la vergüenza, como quien trata de escapar de la realidad) y todo se va perdiendo cada día y quedando en una nueva capa en el piso, que será tapado por otro piso, que ya nos va tapando.

Definitivamente, cuando se lava y limpia el cuerpo, se barre la casa, el patio, la vereda, se va traspasando una nueva capa de tiempo que va tapándose con el futuro que ya nos va empujando hacia abajo.

Ojalá algunos podamos dejar atrás lo que desaparece diariamente, alguna reminiscencia que perdure en el paisaje y en las cosas que nos desalojan del mundo con la muerte, y de aquí a 50 años alguien pueda decir de este entrar hacia el quinto siglo salteño: ¡Qué linda que era Salta en 1983!



## La vereda, la calle, el camino

Nadie usa la palabra acera para referirse a la vereda, y esto ocurre a pesar de que la primera es la correcta. Lo cierto es que la vereda en la ciudad actual tiene, no sólo significación peatonal, sino que, por los riesgos del tránsito, ha adquirido una importancia capital.

A propósito, ¿Quién puede imaginarse una capital cualquiera sin el trazo de las veredas. Porque el andar a pie es tanto más importante que el andar en vehículo. Aunque es cierto: la vereda se ha hecho funcional, de acuerdo a las ciudades y apenas si tiene una altura mayor a 15 centímetros, suficiente para ser delimitada de la calle.



Veredas modernas, es claro, distintas de aquella de antaño de un metro o más de alto de las de ese tiempo de a caballo, sulkys, tilburis y breakes en que la altura de la monta o el vehículo, así lo exigía. ¿Nos imaginamos ahora una ciudad con veredas de esa altura? Si bien, ahora hay damas a las que hay que enyesar el tobillo porque se lo torcieron o “recalaron”, por andar con zapatos sin ajustes e indebidamente altos, en el otro siglo hubo más de una accidentada que se “despeñó” de una de aquellas veredas desmesuradas – pero comodísimas– para montar un caballo, sobre todo las damas de un tiempo que por nada del mundo se hubieran atrevido a montar de otra manera que no fuese “a mujeriegas”. Sentarse a horcajadas, como un hombre, suponía un atrevimiento grotesco, vejatorio a la femineidad.

La vereda sigue siendo poéticamente el andarivel para solaz del paseante, para un andar conversante, para llegar a destino sin mayores riesgos. El encanto de una calle peatonal reside justamente en que toda ella se hace vereda, para andar y mirar, para sentarse alrededor de una mesa a conversar.

¿Puede alguien imaginarse una calle sin vereda? Seguramente no, porque entonces ya se hace camino, destinado específicamente a los vehículos. La vereda es la destinataria de la caminata y repentinamente de uno que otro tropezón que puede poner un llamado de humor a los conversadores poco prevenidos a imprevistos desniveles.



La vereda es una especie de reminiscencia pequeña, de andenes de otros tiempos, de llegadas y despedidas, de los cotidianos saludos en que nos despedimos entre conversaciones; una especie de andamiaje o tinglado en que recorremos la vida histriónica, yéndonos y viniéndonos a la vez, todos los días, por reencontrarnos con los otros viajeros que también van y vienen.

Si renunciáramos a la vereda, tendríamos que quedarnos definitivamente en casa. No poder caminar por una ciudad sería como quedarnos sin ganas de encontrarnos con nadie. Uno dice que sale a la calle, pero en realidad sale a la vereda, a las veredas de la ciudad.

### **La calle**

La calle, en cambio, está pensada para los vehículos. Cuando de una mujer “liviana” se dice que es “mujer de la calle” debiera decirse más bien de la vereda, si no fuera que la ubicación de la calle adquiere consistencia cuando por último no anda, precisamente por una vereda.

Un muchacho “callejero” implica la idea de un jovencito que no para en su casa y se lo adjetiviza así “callejero”, por más que de seguro sus andanzas son por la vereda. Pero no hay que analizar mucho porque hasta llegaremos a creer que cuando hablamos no lo hacemos claramente: cuando decimos que nos encontramos en la calle Caseros no tenemos necesidad de aclarar que en realidad será sobre la vereda (una de las dos) de esa calle, y se sobreentiende que el encuentro no será en medio de la calzada.

A veces el sentido de las palabras parece ambiguo, pero basta que lo entendamos... ¿acaso no dijo Shakespeare en “Romeo y Julieta”: “es tan tarde que pronto va a ser temprano?” Dicho a medianoche perfectamente claro el sentido.



¿Cuál habrá sido el primer arquitecto a quien se le ocurrió la invención de la calle? Es para mí un misterio. ¿El viejo y famoso Eupalino habrá pensado siempre en la casa como unidad desunida del conglomerado urbano, o la pensó dentro de una multiplicidad ciudadana en donde hay que prever entradas y salidas sin caer en laberintos?

El español Ángel Ganivet, en “Granada la bella”, ensalza las calles estrechas y hasta tortuosas de los viejos barrios granadinos; calles que son

nada más que calles o pasillos sin veredas para caminar; se lamenta de un expansionismo modernista que demuele por ensanchar siempre demoliendo, transformando una ciudad plena de resonancias nostálgicas en una poco ciudad muerta, sin historia ni recuerdos. Y menos mal que dejaron en pie la Alhambra. Los italianos aprendieron la lección y no dejan tocar un ladrillo ni un trozo de mármol de su arquitectura histórica; más todavía, con el turismo le sacan abundoso partido a sus viejas veredas y calles; una ciudad es así un museo vivo. Las calles venecianas deben ser únicas si pensamos –según lo sabe todo el mundo– que hay que recorrerlas en lancha, aunque también se conocen las con paso firme y puramente peatonales.

La locución “¿qué dice la calle?” es en realidad “¿qué dice la vereda?”. Un perro callejero, sí, es un perro callejero, aunque también de vereda, pues los árboles y los postes están en las veredas.

Pero fuera de bromas, la calle, da para hablar muy extensamente, pues donde quiera que haya una calle, con seguridad es límite de la casa o las casas donde moran íntimamente los hombres. Salir a la calle, es salir de la intimidad para actuar públicamente y, en toda forma, en la calle es donde nos ponemos la máscara que debe empezar por el buen cuidado del rostro, la limpieza, la ropa. Y la cuestión puede dar a llenar páginas y páginas si vamos a investigar desde la faz de la arquitectura y las historias de ciudades, y desde un vamos se hace evidente que una ciudad precolombina, americana e indígena, en donde no se conocían la rueda ni el caballo, la idea de lo que es una calle habría de ser muy distinta a la de una ciudad europea, en donde ya habían irrumpido el caballo y los vehículos rodantes.

Y tantas más diferencias habrían de establecerse en la calle de una ciudad antigua con las modernas diagramadas por Le Corbusier o Niemeyer.

Lo cierto, es que hoy no hay ciudad sin calle, sin muchísimas calles y calles y por todas a la vez, se puede salir a una sola que es el camino... un camino que va a otra parte ...con calles.

## **El camino**

Es el que nos lleva a la calle, a las calles de otra ciudad, a un punto indeterminado de la tierra. El “caminito”, la senda, es otra cosa más íntima que más bien se la siente al andar a pie.

Se invoca ahora el camino-ruta, el hecho para andar a las disparadas porque está pensado para el automóvil, el móvil veloz que en solo –digamos– 80 años, nos ha transformado en seres errantes del apuro, en apetentes de vivir más paisaje y más vida, en apariencias; porque, ¿quién que hoy viaje hasta Buenos Aires en automóvil (o en tren) en 24 ó 48 horas podría decir que vivió y que vio más paisajes que otro que hace 100 años, lo hizo en seis meses y en carreta. ¿Y ni pensar en la “ruta aérea”.

Todo camino está hecho –es cierto– para llegar a alguna parte, porque partir es para llegar; pero cuán hermoso sería también que tuviéramos de vez en cuando la despreocupación de salir a andar sin llegar, simplemente a tomar aire y llenarnos de paisaje, a regocijarnos con nuestras montañas, árboles y ríos, hasta tener la conciencia o la “inconsciencia lírica” de poder decir “choqueo con mi tierra” como Whitman lo dijo de su propio cuerpo, admirado del milagro de sentirse una revelación mágica del universo..., desde cada dedo que se mueve.

El camino debe ser también punto de partida, de salida hacia revelaciones o reactivaciones cósmicas y poéticas nuevas; la iniciación hacia un lavaje anímico, de desprendimiento siquiera momentáneo de la ciudad y su atmósfera viciada; la vuelta al campo, al lugar de nuestro nacimiento original, entre los árboles, los frutos, los animales y el sol; el alejamiento de la calle o del encierro cómodo y temeroso dentro de la casa, hacia la intemperie junto al temor al rayo, la lluvia, el viento, el sol, los ríos turbulentos o al mar, sin asustarnos demasiado porque el camino que nos lleva hasta un lugar es el mismo que nos guiará a la vuelta hacia nuestra calle, nuestra vereda, hasta la anhelada puerta de entrada a nuestra casa. Cargados de universo, regresar a nuestra casa y revalorar cuanto indiscutiblemente ella tiene de bien codiciable.

## La copla es de todos

La copla debe ser la culminación oral que encuentra a mano un pueblo para decir su alegría o su pena, su reflexión; muy cercana al refrán, a veces puede lograr el sitio del poema.

Cuando Lautreamont sugirió esa aspiración de que, “la poesía debería ser hecha por todos”, no estuvo lejos en la suposición de que en realidad la poesía la llevamos todos, por lo menos potencialmente. Cuando un campesino –que puede ser analfabeto–, entra en el trance del obbligo y tiene que cantar porque alguien con caja en mano le soltó una “pulla”, siempre le sale algo de adentro que ni siquiera él mismo sospechaba que estuviera vivo en su interior... aunque sea un refrán.

Como recuerda Augusto Raúl Cortázar, una circunstancial pareja que se encuentra puede “conversar” cantando con caja en mano:

*En el campo hay una flor  
que se llama cardo santo,  
decime si me querís,  
no me hagás padecer tanto.*

A lo cual puede responder la destinataria:

*En la puerta de mi casa  
tengo un paraíso florido,  
¡como querís que te quiera  
si recién te he conocido!*

Y puede subir un punto el tono de confianza en la declaración:

*Cuantito te vi venir  
le dije a mi corazón:  
que piegrita tan churita  
para darme un trompezón.*

A la cual puede seguir esta respuesta:

*¡Cuidadito con las piedras!  
¡cuidao con los trompezones!  
cuando las piedras se topan  
¡que serán los corazones!*

¡Y la cuestión puede continuar en juegos interminables de ingenio que tienen plena vigencia sobre todo en ese momento en que la copla cobra vida y aplicación...

Al hacer una relectura del cancionero popular de Salta, de Carrizo – cuando la copla oral se ha hecho escrita –, se puede tener la sensación de que la mayoría de ellas son cuartetas, sueltas, pueriles, en las que para encontrarles su función hace falta reubicarse en el momento justo en que fueron creadas, con originalidad o con algún pie arcaico. Si vamos a buscar una permanencia de contenido literario o de “expresión filosófica”, rara será a la que pueda uno hallarle un sentido y una belleza permanente en el tiempo y con merecimientos de entrada escrita la recordación.

El hacerla resulta un juego en el que ningún poeta (o no poeta) puede pasar de largo. Ahí es cuando tiene vigencia, eso de que “la poesía debería

ser hecha por todos”, pues con ella juegan desde el “muy leído” al campesino analfabeto, pero que con caja en manos suele transformarse en un torrente decidor de una sabiduría trasbasada en la subconsciencia.

*Las aves que hicieron nido  
en árbol de hojas cargado,  
lo miran desconocido  
cuando lo ven deshojado.*

Es evidente que ésta, tiene el mismo contenido del refrán “del árbol caído todos quieren hacer leña”, pero el hombre con caja en mano sabe trasmutar, hilvanar sin errar nunca el octosílabo y generalmente, rimando siquiera entre dos versos.

El salteño (el norteño) prolongación decidora del ingenio español y latino, reverbera constantemente en los cuatro versos, buscando condensar, resumir un pensamiento original, refulgente como una joya.

He aquí este resumen realizado entre tantas pertenecientes a nombres y apellidos, como queriendo, en una síntesis imposible, representar un verdadero y delicioso microcosmos:

*Una vez al año el pobre  
en la carpa es soberano,  
aunque no volties un cobre  
de ilusión se vive hermano*  
**C. A. Alurralde**

*El carnaval es un vino  
sin principio ni frontera  
el que se macha con él  
no precisa quien lo quiera.*  
**Luis Andolfi**

*Cuando muera mi caballo  
si yo no muero enseguida  
a pie lo andaré llorando  
para el resto de mi vida*  
**Carlos H. Aparicio**

*Si te persigue el amor  
dale a todos con el gusto  
y siempre será mejor  
a que te culpen injusto*  
**Martín A. Borelli**

*De cada vida, la historia  
fuera del mundo está escrita,  
en la mía va la tuya  
y en las dos otra infinita*  
**Joaquín Castellano,**

*Qué pena tiene la muerte*

*cuando de su calavera  
siente crecer en silencio  
la flor de la primavera*

**Manuel J Castilla**

*Hay que ser como el sauce  
que lo hachan, vuelve a crecer,  
y aunque lo pongan de poste  
comienza a reverdecer.*

**Jaime Dávalos**

*La caja del comparsero  
tiene dos parches filosos,  
de un lado cuero de gato  
del otro perro rabioso.*

**Jorge Díaz Babio**

*¿Qué misteriosos recodos  
tiene este mundo de Dios?  
Que donde se encuentran todos  
¿no pueden hallarse dos?*

**Julio Díaz Villalba**

*Porque soy de en medio el monte  
ande está plagado de sendas  
soy hecho a cambiar de rumbo  
cuando no puedo hallar prenda*

**Julio Espinoza**

*Según los médicos, dieta  
quiere decir abstención,  
pero algunos la receta  
confunden con atracón.*

**Federico Gauffin**

*Cuidado con la mujer  
cuando es demasiado amante,  
que la arena porque es blanda  
lo devora el caminante*

**Julio César Luzatto**

*Siga el ejemplo del burro  
el que vive enamorado,  
lo que no logra por lindo  
lo ha de lograr por porfiao*

**Abel Mónico Saravia**

*¡Ay, mi espalda sudadora!  
¡me li han dao cada sobada!  
que la han dejao más pisadas*

*que gallina ponedora.*

**Joaquín Morillo**

*Juntos andamos los dos  
más sólo uno anda perdido.*

*Yo no lo conozco a Dios  
y Él es viejo conocido.*

**Antonio Nella Castro**

*Me dicen cafayateño  
cuando canto en Cafayate  
y en carpas de Animaná  
me llaman el animate*

**Hugo Roberto Ovalle**

*La pucha don Carnaval,  
qué mano pa' curandero...  
de un dentre me hizo olvidar  
las penas de un año entero.*

**Miguel Ángel Pérez**

*Yo me llamo no sé cómo  
apenitas si ando andando,  
que me importa de la muerte,  
si no sé dónde ni cuándo*

**José Ríos**

*Cuando llega el carnaval  
viene a golpearme la puerta,  
ni le doy mucho trabajo  
porque ya la tengo abierta.*

**Sergio Rodríguez**

*No me pregunten quién soy  
en tiempo del carnaval  
porque es justo cuando dejo  
de ser fulano de tal.*

**Ricardo S. Saavedra**

*A las cosas de querer  
nunca las digas con caja  
porque hasta el sueño del pobre  
de tanto golpear se raja.*

**Benjamín Toro**

Y como haciendo esta rejunta, no quiero finalmente quedarme afuera, agrego la mía propia, cuando ya por orden alfabético había pensado "olvidarme". Pero quien resiste la tentación de soltar su propia copla:

*A mi manera de ver  
sé hasta dónde me da el cuero,  
yo no sé qué quiero hacer  
pero sé lo que no quiero.*



## La estratagema de Dios



*Arturo Dávalos*

Arturo Dávalos será siempre un enigma para aquel que intente investigarlo. A mí, que fui su amigo, me resulta una de esas maravillas que se dan en la naturaleza por ahí, de vez en cuando, como un fenómeno sobrenatural –valga la paradoja– que equivale a algo como el rayo, la luz, una flor, un cachorro en toda su belleza.

En efecto, la belleza en que le recuerdo era... es la de un cachorro: sano, travieso, bello y lozano en todo momento. Una vez que le ví –tal vez la primera vez– fue cuando él tendría 20 años –yo 15– me causó una curiosidad inolvidable, única. Por alguna razón, yo estaba en el patio cubierto de la Escuela Normal, entre una minoría de muchachos y una mayoría de jovencitas de mi edad. De repente, por otra de las galerías iba caminando Arturo. Con un ajustado pantalón –fue un precursor de los actuales– muy bombilla, con botines y una camisa blanca arremangada; el cutis blanco rosado y el cabello castaño ensortijado. Un caminar espijado y seguro le hacían el blanco de las miradas. Y era esa la imagen de una especie de cachorro o de un animal joven, sano y pleno, o la de un gladiador la que irradiaba y que se quedó en mi memoria y desde esa edad justa en que uno tanto presume. Le admiré, envidiándole a tal punto esa presencia varonil, que no tardé en imitar, buscando parangonar en algo esa presencia tan original y plena.

Asociando los recuerdos a ese ambiente estudiantil... creo que Arturo no fue más allá de un primer o segundo año del secundario (si es que fue a un colegio), pues no le vi nunca con un libro de texto entre manos como ocurrió con sus hermanos Balca y Jaime. Desde siempre sí, gran lector y con amigos

de andar, entre los que no estaba yo en realidad, pues cinco años de diferencia entre los 15 y los 20 de edad separan bastante, incluso habiendo afinidad.

Nadie pudiera sospechar en ese tiempo que ese muchacho –gran lector– saliera un día tocando la guitarra haciendo canciones y por último entre otras, una obra maestra con su soneto “Dios”... ¿qué otro..., quién en Salta ha compuesto otra joya de esa calidad? Yo creo –y convencido estoy como para decirlo por escrito– que sólo algún otro aquí ha hecho un soneto con tanto esplendor y belleza: escucho a Dios en la callada umbría ¿cómo pudo pensar este verso él que parecía indiferente a someterse a una creencia en algo? ¿cómo su fortaleza podía caer en “la debilidad” de achicarse a creer en Dios?

Lo veo en el milagro de la hoja. Equivalente al “chocheo con mi cuerpo” de Whitman, si no es aún más original y hondo ese estar deslumbrado ante la belleza, la exuberancia misteriosa del verdor y las nervaduras de una pequeña hoja como testimonio intermediario y divino: está en la savia y en mi sangre roja; no necesito estudiar demasiado para sentir ese paralelo del agua en la savia verde o en la sangre roja movilizándolo la vida... y el vino y el pan de cada día, cierra la primera estrofa con los dos elementos que Cristo encontró más justos y simbólicos.

Sin ser un creyente manifiesto, sin ser beato, sin ser, en fin, un hombre que creo jamás fue a misa o se le viera o escuchara rezar una mínima plegaria, inicia, la segunda estrofa con ‘Él es la estrella que mi paso guía’ y lo dice sin intención, puramente eufórica o de rebuscado asidero por una próxima rima, porque fluidamente sale el otro verso: y las raíces que la acequia moja... más los otros dos: y la tarde que de oro se despoja/ y el grillo y su violín monotonía.

Entra en la novena línea, volviendo a encontrarlo en lo vegetal, porque no lo ve a Dios en lo animal... su Dios es un gustador de paisajes, de árboles, de aguas y de verdor: tiene manos de tronco retorcido, y se ve contemplado por él como los antiguos egipcios o los quechuas: sus ojos miran como el sol que quema/ ¡Cómo no verlo allí y cómo no sentirlo hablar y en el viento transmite su mensaje...

En el segundo terceto busca ya el desenlace recurriendo a la desilusión del amigo que cansado se aleja de todos cuando le fallaron: como los hombres lo han escarnecido/ siendo Dios inventó una estratagema/ y se ocultó por siempre en el paisaje. Con redonda musicalidad.

Arturo tenía también su estratagema: la de simular una gran ignorancia..., la pose “socrática”, ¿cómo llegó a ese manejo de hallar las palabras justas? Sólo un cultivo secreto y continuado puede llegar a madurar. No se hace nada con el simple talento, si no se lo decanta y purifica en la obstinación de un largo proceso de padecido y gustoso rigor.

Su facilidad no es solo simple herencia sanguínea o cósmica. Hay algo más que la simple entrega o la simple recepción de un don que viene en la Naturaleza o de Dios que habla escondido a través de un hombre. Arturo hubo de ser sin duda un intimista que sufrió en silencio, una lenta decantación..., una cristalización que tomó un buen tiempo en acomodar aristas, ganar pulimento y finalmente relucir con el esplendor de ese hermoso soneto.

Además, era difícil que se pusiera escribir en serio o sobre “temas serios”. La obsesión profunda de su cosmovisión le hacía captar a este mundo en su faz ridícula. El hombre para él era un simple comediante lleno de comicidad, un grosero aparentador de circunstancias, por eso –quizá– en su soneto “Dios” prefirió hablar con seriedad disimulada entre las hojas, el sol, la

savia y el mismo ser irreal (o real) sin trampas ridículas. Dios que finalmente se esconde, se escabulle para no terminar desilusionado o riéndose a carcajadas de la propia creación.

Cuando veíamos Arturo en sus últimos días, ya sin conocimiento, desnudo bajo una carpa de oxígeno, no pensábamos que pudiera morirse...teníamos la esperanza (incluso su madre) –diría la seguridad– que ese bello ejemplar humano reaccionaría de pronto, saliendo de esas palabras guturales que en su oscura agonía articulaba. Confiábamos que Dios lo rescataría para nosotros un tiempo más... 42 años era poco vivir para lo que le había costado aprender a hacer bien las cosas. Y fue algo increíble: Se murió. La muerte puede ser increíble en una edad, en una contextura y un talento como los de Arturo..., por lo menos no es asimilable un advenimiento trágico con esa fatal precocidad. Un irse antes de hora, cuando todos escondemos misteriosamente una sórdida esperanza de inmortalidad física.

Pero ese soneto... “esa sola cosa” es suficiente para rescatarlo y ponerlo vivo en la imagen de los 20 o los 40 años, siempre vital y pleno.

## Los peligros de ser inteligente

En todos los tiempos, los escritores –y los periodistas– escriben, a veces, cosas que no gustan o no convienen a algunos lectores. No hay lector que acepte todo lo que se escribe, sobre todo cuando lo escrito ataca conveniencias con las que se lucra a diario. Existen también tonterías escritas e increíblemente perdurables.

Si usted escribe que el fumar es un vicio, una adicción, quizás peor que las drogas alucinógenas, se indignarán los productores tabacaleros... Si escribe que el Decamerón es un libro precioso, el clero le hará la cruz piadosamente con mucho disimulo... Hasta hace poco aquí en nuestro país – como la Edad Media –si usted escribía mal del gobierno o era de una tendencia en duro desacuerdo, su continuidad biológica y síquica era imprevisible.

Galileo Galilei, el famoso físico italiano nacido en 1563 fue uno de los más inteligentes de su tiempo. Inventó el termómetro y la balanza hidrostática. Descubrió las leyes del peso, construyó el primer telescopio entre tantas “y otras cosas”... Por alguna de sus aseveraciones sobre nuestro sistema planetario absolutamente ciertas, fue procesado por el “Santo Oficio” que le exigió abjurar de sus opiniones. Ya sabemos que para salvar el pellejo, “abjuró” solo “pour la galerie” y dejó en sus escritos bien firme lo que afirmaba.

Anáxogaras, que vivió por el 400 antes de Cristo, fue uno de los filósofos que comenzó a hallar ridícula la creencia en tanto dioses de los antiguos, es decir en los de su tiempo, fue de los primeros que comenzó a concebir al Dios Inteligencia. No creía en los dioses del Pritaneo..., huía de las reuniones políticas, ni pensar que pudiera aceptar ser magistrado. Era demasiado inteligente para su tiempo y los atenienses le condenaron a muerte...es decir un grupo de atenienses se tomó la atribución de hacerlo por todos...

Unos años antes le pasó algo similar a otro de los peligrosos del pensamiento... Sócrates. Su final es por todos conocido –por lo menos de oídas– para estar reiterándolo. Como era demasiado inteligente, era peligroso para el medrar de una poderosa medianía contemporánea suya, como pretendió abrir los ojos de esa sociedad ateniense en que había tantos seguidores que gozaban de múltiples influencias, era mortal ser demasiado inteligente..., aunque, ineludiblemente, sus ideas se impusieron más allá de su muerte.

Voltaire vivió desde 1694 a 1778... es decir 84 años de riesgo constante por ser demasiado inteligente y escribir –como primer periodista que fue– lo que su inteligencia le dictaba: fue encerrado en La Bastilla (por el regente Duque de Orleans en 1717) por atribuírsele una sátira en contra de la memoria de Luis XIV (el Rey Sol)...incluso hoy es “perseguido” por críticos anacrónicos que aún se sienten molestados por sus sales cáusticas seculares, corrosivas a ciertas conveniencias.

Dionisio Diderot vivió desde 1713 a 1784. Cuando alcanzó la fama fue más difícil querer retocarle sus libros, pero algunos, como los primeros: “Introducción a los grandes principios” y “Las cartas sobre los ciegos” le valieron un año de prisión en Vincennes. El Parlamento que había de desaparecer al momento de la Revolución Francesa (1789), creyendo ver en las primeras obras del escritor el ataque al cristianismo, las condenó a ser



Tú eres la puerta del diablo. Tú persuadiste a aquel a quien el diablo no se atrevió a atacar de frente. Es por tu causa que el Hijo de Dios tuvo que morir. Tú debieras vestir siempre de duelo y con andrajos". Toda la literatura cristiana hace lo posible por exacerbar la versión que el hombre puede llegar a sentir hacia la mujer –dice la Beauvoir–. Tertuliano la definió como *Templum aedificatum super cloacam*. San Agustín subraya con horror la promiscuidad de los órganos sexuales excretorios: *Inter faeces et urinam nascimur...* Santo Tomás, escribió: "La unión de los sexos, al hallarse acompañada de la concupiscencia desde el pecado, transmite el pecado original al niño". S. De Beauvoir, *Le deuxième sexe*, 1, pág. 270, Gallimard, 1949.

Esa sí que era una "literatura" increíble, de los enemigos de la mujer. Porque al revés: Jesús –dice Charles Seltman– fue netamente un feminista: "Una de sus primeras apariciones públicas fue durante una boda (Las de Canáan); hay parábolas y hechos –no siempre claramente diferenciados– donde las mujeres son las figuras centrales; la viuda que precisa de su óbolo lo cede; a una hija de Jairo, le devolvió la salud; la mujer hallada en adulterio; su Madre y las mujeres al pie de la cruz; María Magdalena, que halló la tumba abierta, el vigésimo capítulo de los Evangelios según San Juan es poesía pura. Desde el más joven al más viejo, desde los pequeños (la mitad presumiblemente niñas), por quienes intercedió ante los discípulos para que los dejaran permanecer a su lado, hasta la suegra de San Pedro, la mujer vieja y enferma a quien curó "Ningún otro profeta de Occidente, vidente ni pseudo Redentor, tuvo nunca tanta devoción por el sexo femenino". Charles Seltman: "La Mujer en la antigüedad", pág. 199. EUDEBA 1965.

Es para creer que a esta altura de la civilización, es difícil por escrito algo que quiera aparentar ser convincente, si no lo es de verdad....

Y por todo lo expresado, hay que cuidar de lo que se da por escrito y con la firma, por lo cual, como consejero, aquí se está cuidando que cuando se dice algo grave, que sea entre comillas, pues es de otros...

## Viñeta

***Alfio Grifasi murió joven. Dejó su línea límpida en este dibujo para la viñeta impresa en “El canto del gallo”, mi primer libro, 1957.***

En Salta desde tras la ventana  
porque hace frío y llovizna.

En las lloviznas de invierno las calles están dormidas:

**A**penas si un apurado transeúnte taconeá la vereda, metida la cabeza en su capote como una tortuga escondida en su cáscara, cuidando sin embargo que alguna baldosa floja no lo escupa.

En el hogar están todos reunidos junto al fuego, las llamas forman sus lengüetas y diablillos que bailan la charla de la familia.

La llovizna cae delgada sobre los tejados y en el cine, suena regocijando al que se ha despertado en la cama caliente y se tapa hasta las cejas para seguir durmiendo. Y todos tienen el deseo de estar en cama y muchos lamentan estar solos, porque en esta lluvia fina y fría, revive una ternura y una animalidad oculta, que pide besos y abrazos somnolientos.



## Cuentos

### El suicida

Nació en un humilde pueblo, aunque no tan pequeño, por cuanto estaba ya para declarársele ciudad. En su niñez, no se libró de una sola de las viruelas menores diversas y, desde el mal de ojo y dolores de muela en lo superior, a los panadizos en los dedos gordos de los pies, no hay mal que dejara de repasarlo de arriba a abajo ¡pensar que en su infancia, un primo le vaticinó una vida feliz!, justamente porque tenía seis dedos en el pie derecho y le decía que eso era una especie de señal de bienaventuranza. Vivió hasta los 20 años sin aprender casi nada, esperando esa buena suerte y cuando le tocó el servicio militar, tenía la esperanza de resultar inapto y ser dado de baja, ocurrió que se lo halló tan sano que se lo llevaron a la marina... es decir a dos años de servicios militares. A su pesar, conoció mundo, aunque siempre en la mala. En una oportunidad mientras fregaba la cubierta, resbaló del barco en alta mar y de no mediar que fue extrañado por un compañero y de que el barco viró de regreso en su búsqueda, podría haberse transformado en protoplasma de alguno de los grandes seláceos.

En Nueva York fue confundido con un contrabandista joven pero ya peligroso, causando agrios altercados a intercambios de notas en el consulado. En Souththampton, se dislocó un tobillo por saltar una tapia tras ser corrido por un corpulento albo que sospechó que quería birlarle la novia, cuando se había arrimado a esta sólo por averiguar una dirección. En Estocolmo causó serios contratiempos entre policías y el capitán del barco, debido a que en un parque, distraído había pisado un polluelo de pato, hecho que se juzgó intencional....

En fin, su signo parecía sellado con la mala suerte. Recorrió muchos lugares en los que casi siempre le ocurrió un contratiempo desagradable. No hacía más que desembarcar, invariablemente solo, pues nadie quería acompañarle y ya estaba pensando qué le ocurriría. Hasta antes de morir recordó con odio traumático a todos los canes de la tierra; en Sidney, por auxiliar a un perrito al parecer hambriento y abandonado, resultó mordido por éste que tenía mal de rabia. La imagen y el volumen de la ironía lo desesperaban; estuvo a punto de contraer hidrofobia en alta mar, de no ser la oportuna intervención del médico del barco quien comprobó el mal en el animalito y trató durante la travesía al potencial enfermo. Fue esa otra oportunidad en que estuvo muy cerca a ser “dado de baja” en pleno mar, de no ser pues la conciencia del médico.

Todo eso hasta los 23 años. Cumplido su servicio militar y ya en su pueblo natal ungido en ciudad, buscó empleo. Su foja de conocimientos era hartamente escasa, no obstante, no quería emplearse en tareas menores poco honrosas. Buscó y buscó, hasta que se empleó en un negocio, uno de los más grandes de la flamante ciudad, y en él alcanzó a durar un mes; sin querer –naturalmente– había roto en el primer piso una damajuana con ácido nítrico, siendo despedido al día siguiente, cuando el patrón descubrió a tiempo la acción del líquido ya en el sótano del edificio.

Entre los 23 y los 30 años, pasó muy variadas... gruesas calamidades, ejerciendo oficios y trabajos diversos. Tras cumplir los 30 al promediar el Año Nuevo, pensó con forzado optimismo, que en este nuevo año su mala estrella lo abandonaría. El mismo cooperó con una ofrenda como ejercicio de auto



sugestión: con gran sacrificio pecuniario y físico, se hizo amputar el maldito sexto dedo del pie... el “dedo de la fortuna”. Pero antes de la semana, de no correr los días en que acababa de descubrirse la penicilina, que paró la infección, posiblemente tendrían que haberle amputado el pie...o la pierna.

No obstante, la suerte...o la desgracia algo cambió. Encontró un empleo en el que empezó a perdurar. Pero debía así aguantar, a un jefe que ejercitaba integralmente su perversidad en él. Logró aguantarle un año...dos, tres; y el jefe logró aguantar también los continuados traspiés de su empleado que, sin duda era el elegido para que aquél descargara todo el potencial de su iracundia. Lo encerraba en su oficina y le decía de todo. Era un hombre gordo que renegaba con su empleado especial, como si así se liberara de una función fisiológica necesaria. A veces terminaba transpirando y llorando despedía hasta el otro día a su empleado funcional, con los más gruesos y vulgares epítetos: desgraciado, inútil, infeliz... eran los más reproducibles.

A los 35 años lo encontramos todavía aguantando siempre en silencio a su malvado jefe, que seguía con él ejercitando su sadismo para poder regresar a su casa más o menos tranquilo.

Por ese tiempo fue que quedó comprometido, para toda la vida con la firma en que trabajaba, ya que una vez en que en un rapto de confianza fuera mandado al banco a cobrar una gruesa suma, le robaron la misma, que equivalía a 40 años de su sueldo. Desde entonces, mensualmente se le hacía un descuento de casi el 50% del mismo... El jefe guardaba la esperanza de que su empleado viviera lo bastante para pagar aquella pérdida casi irreparable, pues la compañía de seguros sólo reconoció en parte dicho monto, en vista de que se consideró a la misma como producto de una grave negligencia del empleado

Por esos años ocurrió a nuestro hombre, lo que nadie hubiese imaginado: se casó con una mujer rica... es decir, en un principio todos lo creyeron así, pues aunque él tenía por entonces 40 años, ella andaba por los 55 y se decía que poseía más de 10 propiedades, pronto “en la práctica” se constató que sólo era una ex viuda alegre a la que le gustaba el juego y el ocio, y que no tenía bien alguno. Apenas su nuevo marido cobraba el sueldo, ella se hacía cargo. Así las cosas, no cumplió el año de casado en que ya debió buscar un empleo más, porque el dinero no era suficiente para los dos... Él venía a dormir a las 12 de la noche y debía levantarse a las 5 para tomar el colectivo a las 6 de la mañana. Y todavía ella se lamentaba que no pudiera aprovechar esas horas vacantes, trabajando de sereno. Se dormía generalmente a la una y media de la mañana, pues debía, es claro, cenar y aguantar la retahíla de su mujer que siempre le reprochaba que él no ganara lo bastante recordándole amén, su vergonzosa situación de esclavo por inútil e incapaz...

Una mañana amaneció muerto en su lecho. La esposa, tomó el asunto sin mayores aprehensiones. Llamó la pompa para un servicio de tercera, o de cuarta si lo hubiese, y salió a completar pequeñas diligencias.

Entonces fue que llegué yo —su único amigo— con el ataúd y otros enseres del servicio fúnebre. Mientras lo vestía no pude aguantar el deslizar algunas lágrimas. Después volvió la viuda cuando estaba todo listo; llegó también el jefe, quien no hizo más que mirarlo y en una mueca despectiva articular un “¡pobre infeliz!” e irse.



La angustia, me dejó poco a poco, desde que me di cuenta que no estaba en realidad muerto, porque en cierto momento tenía los ojos, levemente entreabiertos, como cuando se aproximó el jefe y dijo aquellas palabras, y después, cuando la viuda lo miró casi indiferente y pronunció un “pobre desgraciado”. Entonces, en ambas oportunidades tenía los ojos ligeramente entreabiertos.... después los cerró totalmente. Lo mismo cuando yo soldaba la caja de cinc del ataúd que yo resolviera obsequiarle; en ese momento, sabía que me estaba mirando. En otro instante, fue evidente porque hasta le sentí moverse. Comprendí que tal vez una recóndita fuerza del orgullo humano en catalepsia, le impedía hablar, o que le hacía proferir no reaccionar más, en defensa de su dignidad, en un paroxismo de sufrimiento... de odio y desprecio a la vida. Estaba vivo pero no quería ya saber nada de salir del ataúd, de volver a la vida. Yo así lo comprendí, y con admiración y respeto por el valor de mi amigo, seguí soldando piadosamente. Al soldar la tapa me esmeré como nunca; no quise dejar un solo intersticio para el aire, pues pensé que ese primer intento, esa primera reacción de su orgullo, no debía frustrarse, aunque más no fuera que se tratase esta vez, de un suicidio dentro del propio ataúd. Con todo, me pareció un gesto de suprema grandeza y valor, de insuperables réplicas, la continuada cobardía que fuera su vida. Comprendí también, que yo había derramado mis lágrimas, no por su muerte sino porque su cuerpo muerto implicaba el triunfo de la maldad y el egoísmo, sobre el espíritu de la rebeldía.

Como amigo, siempre les reproché su falta de carácter y me vivía prometiendo que algún día, me demostraría definitivamente con alguna decisión grandiosa, que era un hombre.

Y esperé siempre el cumplimiento de su promesa. Soy un funebrero, es verdad, pero soy también un hombre de principios.

Ya todo cerrado el ataúd, contemplé tras el vidrio con renovada admiración a mi amigo; en ese momento yo era el único presente en el velatorio. Entonces sí, me dio una breve, dulce y última mirada de agradecimiento, por haber interpretado su postrer deseo y haberle ayudado a cumplirlo. Lo vi retorcerse, levemente y cerrar los ojos. Lo estuve contemplando

por la mirilla, hasta que consumió el último residuo de oxígeno que le quedara adentro. Transpiró hasta mucho hasta que el vidrio se empañó...

¡Allí sí que demostró por primera vez, que era realmente un hombre de agallas!

## Gallero Viejo

–¡Ya ti dicho César que no pises más el reñidero! ¡Ese no es lugar para los chicos!

–Y bueno, mamá, es el único sitio en que puedo ver al viejo ¿por qué yo no tengo un padre que trabaje y esté en la casa cuando descansa, como los otros chicos?

– Tu papá no encuentra trabajo, entendé. Él es su hombre independiente, conformate que hay pa' comer y quédate callao..., aprendé de Pedro y Elisita...

–Sí, pero ellos son todavía chiquitos y no saben nada.

–¡Bueno, cálese la boca y póngase a hacer los deberes! ¡Qué embromar! ¡Como sepa que has ido otra vez al reñidero te vaa a dar una buena soba, ya vas a ver.

No pudo continuar doña Juanita porque justo hacía su entrada Bernardo, el jefe de la familia y llegaba muerto de hambre, a las dos de la tarde de ese sábado. Sin saludar siquiera se sentó a la espera que lo sirvan. En cuanto le pusieron el plato recién habló.

–¡Mirá Juana si vos crees que ésto es comida más vale que te lo diga. No sé qué haces con la plata que no cocinas algo mejor! Eso sí, ¡siempre pidiendo y pidiendo plata! ¡carajo en esta casa todo anda cada día pior! ¡Y esto de comer sin pan! ¿Ande se ha visto?

Acabó el guiso de lentejas atragantándose y se fue hasta el gallinero. Renegaba en realidad porque ese "Coloradito" que tenía en la jaula era el último que le quedaba y no cifraba muchas esperanzas en él; ni siquiera remotas pues el pobre animal, apenas si había estado comiendo un maíz apolillado que le pusiera, el que le regalaron en el molino. Lo alzó con cuidado, lo sopesó, hizo una mueca de desaliento y se fue con él. Juanita y los niños lo vieron irse con el gallo a cuestras; la madre cruzó con el mayor una mirada tierna, llena de tristeza y resignación.

–Mamá, –dijo César al siguiente sábado–, parece que papá no va a volver más; ya hace una semana que se ha ido.

Esos días doña Juanita había conseguido unos pesos saliendo por las casas a lavar ropa. Ahora hasta de lavandera era difícil la cosa, pues con la popularidad del lavarropas, muchas amas de casa preferían hacer solas el trabajo. Casi toda esa semana, después de mandar a César a la escuela, salió a trabajar dejando encerrados con llaves en la pieza única a los otros dos pequeños, de todos modos ese sábado no había que comer ni un solo peso para gastar.

–Andá buscando a tu tata, ande ya sabes, porque por ahí debe 'star, y decile que te dé pa' que compremos algo pa' comer, andá.

César salió disparando sin más explicaciones; ya sabía dónde encontrarlo ese sábado. Llegó al reñidero justo al momento en que su padre redoblaba apuestas con un entusiasmo desmedido; el niño lo veía sacar billetes y apostar, sin hallar explicación alguna...El "Colorado" estaba ahí lleno de energías para la lucha; por lo visto se había estado reponiendo en alguna parte, porque el gallo inspiraba ahora confianza.

–Espérame allá que vamos a ver plata grande, anda para allá, no tenés nada que hacer aquí– le dijo al muchacho, que se alejó asintiendo con una sonrisa.

La riña empezó enseguida, pero “Caramelo”, que así le llamaban al contrincante, liquidó pronto al “Colorado”, primero le tapó un ojo y luego le fue golpeando tanto en la cabeza agotándolo de tal manera que en poco tiempo lo dejó tendido, exhausto. El “Caramelo” salió íntegro y como listo para seguir con otro. El “Colorado” en cambio fue alzado dándose por muerto. Bernardo, rojo de cólera, fue quien lo levantó. Sus esperanzas estaban allí desvanecidas en ese cuerpo inanimado y aún caliente que tenía entre sus manos. Con él había perdido hasta la plata que le prestaran.

—¡César, vení aquí!—. Llamó a gritos hacia el niño que obediente le esperaba sentado en un rincón y corrió hacia él, que prosiguió —¡tomá llevá pa’ la casa pa que coman hoy!... ¡vaya, vaya y llévele a su mamá; ya voy a ir para allá!

César tomó asombrado y lastimero al pobre gallo y se lo llevó a casa. Ya con su madre y los otros niños pudieron comprobar que el animal, aún estaba vivo (y el hambre quedó postergado por la piedad). Corrieron de un lado a otro preocupados por él y lo llenaron de fomentos ya fríos, ya calientes, limpiaron las magulladuras y le dieron agua con una cucharadita, abriéndole el pico.

En esos días Juana trabajó por el sustento con más ímpetu que nunca, su preocupación, la de César y los otros dos hermanitos era la convalecencia del “Colorado”, a quien se hacía dormir en un rincón del cuarto, prodigando cuidados y alimentos a toda hora.

Bernardo apareció cinco días después de la derrota y mientras almorzaba sin decir una palabra, de soslayo descubrió ya de pie aunque enclenque al gallo que tenía por muerto hacía días. Lo miró por un momento como un espectro, pero después al reconocerlo vivo reasumió una mueca de desprecio infinito y se fue sin decir nada. Aunque volvió y empezó a pasar en su casa todos los días, de repente tras salir, llegó muy contento con la noticia de que había conseguido un trabajo estable... Esto alegró a Juana pero en los niños no causó la más mínima reacción y algarabía la noticia.

La convalecencia del gallo seguía siendo el motivo de la atención y concentración de la vida hogareña. Hasta que llegó el día feliz en que la madre y los niños lo vieron salir ya erguido con notoria vitalidad, caminando hacia el patio. Fue un feriado en que, como a sabiendas que tenía espectadores, el “Colorado”, aún con desconfianza pero ya con todos sus humos vitales, saltó sobre un mortero viejo, se encaramó hacia la batea de ceibo, golpeó sus alas y soltó un canto ronco y aún dolorido pero que sonaba a clarinada de resurrección.

César cruzó con su madre una mirada y luego la abrazó por la cintura a la par que, ambos explotaban en un llanto de emotiva alegría, incontenible. Los otros niños se solidarizaron con las lágrimas también, aunque ellos aún no sabían bien el porqué.

### El circo del año 33

—¿Cuánto gana un bombero?—, preguntó a éste Crespi Morales, que es el dueño del circo.

—Ochenta pesos.

—¡Eh...., más que un artista!

Morales era realmente un artista integral de ese circo del año 33 que acampó en el baldío atrás de casa. Era ese un baldío lleno de sortilegios en esos mis 12 años de edad. Con sólo subirme a la tapia que cerraba el fondo, podía ver los gallos de riñas de Don Tejerina y los patios de algunos otros ranchos circundantes en donde gentes, charlaban, discutían, se movían en un múltiple escenario que me deslumbraba.

Una vez, cuando mi perra policía Kiti tuvo una preciosa cría de cinco cachorros, vi que por sobre aquella tapia se apareció una gitana salida de quién sabe dónde y que husmeando con una paila de cobre en una mano me propuso “te la cambio por un perrito”. No acepté porque desconfiaba de la oferta y además ya estaban todos repartidos de antemano.

Y ahora, en ese baldío se apareció el circo. Su carpa era redonda, más bien pequeña y bastante remendada. En cuanto empezó a levantarse, ya estábamos todos los chicos del barrio ayudando, porque el dueño don Crespi Morales fue el primero en aprovecharnos. No era un circo de ocupar peones, pues sus artistas, entre todos, no sumaban más de seis: el dueño, su mujer joven aún, la Clarita la hija de 12 años que era equilibrista, Nancy la joven y linda morena que se colgaba del pelo, John el trompetista y Gino “el tambor”. Estos, los músicos, a veces durante una función desaparecían de su tarima para reaparecer repentinamente abriendo el cortinado y entrar a los saltos como trapequista el uno o guitarrista cantor el otro. El mismo Crespi Morales podía aparecer de boletero y luego reconocérsele dificultosamente de tony o payaso en medio de la función, y hasta de mago. Había también un perro mediano, pero aún no mostraba habilidad alguna que no fuera rascarse.

Clarita, la hija del dueño y que tenía mi edad, me cautivó desde los mismos ensayos cuando se ponía su malla y se soltaba el pelo castaño para acrecentar con él algunos efectos de la cuerda. Cuando iba a empezar una función selecta o noche, yo solía estar conversándole en su camarín que era una carpita pequeña. Estaba junto a ella o en el camarín de **Nancy la morena** (así se llamaba en el afiche) mientras se desvestía para ponerse su malla con mostacillas y luces me dejaba mirarla; a veces, antes de salir a actuar le conversaba largamente y a mí me gustaba tocarla como una estatua, intentando en ocasiones alguna tímida e inexplicable caricia por la altura de sus redondas curvas que yo sentía temblar sobre mis manos y mis brazos; ella me miraba sonriente y complacida en el espejo del tocador de su lindo camarín, en donde sin duda sentíase una reina. Para mí lo era. Clarita y Nancy eran las que movilizaban todos los días mi presencia en el circo y quién sabe si no la de todos, porque sin una mujer como Nancy y sin una chica como Clarita no puede vivir ni andar circo alguno, por rico que sea.

A veces por la tarde a hora temprana, hacían un ensayo general y don Crespi Morales convocaba a la muchachada del barrio para improvisar para el domingo algún número extra: acudían todos y hasta algunas madres curiosas, de los ranchos vecinos, que miraban con simpatía y admiración a la gente del circo. Allí podía encontrarse a mis amigos, el gordo Cantone, a César, Adonay, el Flaco Amadeo..., en fin, una cantidad de chicos entre los cuales, tras

acordar ganada la entrada libre por el honor de figurar como artistas al hacer cada uno su número, como el gordo Cantone, se limitaban a realizar dificultosas tumbaloyas ante la hilaridad del público, o “hacer guantes” en un breve encuentro boxístico entre dos desparejos como el mismo gordo Cantone y el Flaco Amadeo; la sección “matineé” de los domingos resultaba así amenísima y don Crespi y los chicos, chochos.

Entre una de esas tantas funciones, una noche yo estaba en el camarín junto a Nancy y cuando me aproximé más a ella para ajustarle el cierre trenzado en su pechera, pero también con esa tentación quizás ya púber de acariciarla, mientras palpaba ya mirando su cuerpo casi desnudo, límpido y moreno, entró apurado y nervioso don Crespi e indignándose en el acto me dio un fuerte chirlo en la cara; caí por un costado y luego levantándome mareado y confuso, salí disparando mientras sentí que le hacía reproches a Nancy. En un santiamén llegué al muro de mi casa trepé por él y al bajar de un salto, me quedé vociferando palabrotas y maldiciones contra el circo y su dueño, pidiéndole de rodillas a Dios que le mandara un castigo....,la ruina, una respuesta ya que no estaba en condiciones de replicar.... ¿por qué tenía que golpearme y humillarme así?

Al amanecer del día siguiente, era un domingo de agosto extraño y sofocante por la electricidad de la atmósfera que uno sentía en los cabellos y en el ánimo, se desencadenó un rápido ciclón que al mediodía se alejó dejando una secuela de destechados y llantos. Algo de esto sentía por sobre el muro del fondo. Cuando subí la tapia y miré allá, debía agarrarme fuerte para no caer. La carpa del circo, las tablas, las sillas, los camarines, todo estaba destruido y disperso por el suelo. Don Crespi, sentado sobre un cajón con la cabeza entre las manos, parecía llorar. Su mujer y su hija Clarita trataban de arreglar las cosas o buscaban otras. El trompetista frotaba con un viejo paño su trompeta mientras Gino parecía reacondicionar y estirar los parches de su tambor. Hasta el perro se veía deteriorado por las orejas gachas. Sólo Nancy se mostraba indiferente o recuperada, peinándose el cabello frente al espejo quebrado.

Algunos leves colazos del viento volvieron a mecer el aire cálido entre los árboles, por lo cual mi madre me llamó a la casa donde volví solo por algunos minutos. Porque el tiempo se fue serenando del todo y so salté nomás la tapia. Allí en el circo derruido estaba ocurriendo ya algo increíble. Toda la barriada circundante de madres e hijos estaba junto a la mujer de don Crespi ayudando a remendar la carpa, cada una en una parte distinta con el firme propósito de volverla a levantar y los muchachos cumpliendo mandados de Don Crespi, de un lado para otro. El circo ya estaba identificado con esos corazones humildes que compartían ahora un afán por levantarse de nuevo.

Al llegar junto a ellos, con desconfianza y temor fui saludando a todos, con un complejo de culpa que me tiraba por el suelo, aún más abajo y arrugado que todas que todas esas lonas. Con timidez me fui acercando a Nancy a quien tenía más confianza; y, le di un torpe beso en la mejilla, y me abrazó. Era espléndida y yo lo sentía, como si ella estuviera apurando mi hombría en gestación. Me acarició los cabellos y junto lloramos. Don Crespi se arrimó y también me dio unas palmadas amistosas diciéndome. “perdona muchacho por lo de anoche”. Entre medio de un mal disimulado llanto contesté:

—Perdone usted don Crespi... ¡yo soy el culpable!

Mirando a Nancy hizo un gesto interrogativo y se alejó.

Porque yo seguí pensando que Dios ¡no tenía para qué haberme hecho tanto caso!



## Marina

*La acción en 1935*

“Señorita de 26 años, atractiva, quisiera entablar amistad con fines matrimoniales, con hombre culto de 30 a 35 años. Teléfono X 15 2 19. Llamar solamente 18 a 18.30 horas. Inútil hablar si no hay buenas intenciones; preguntar por “Marina”.

Mario leyó absorto el aviso en **EL ALMA QUE CANTA**. Aunque él tenía 38 años; quién sabe si pudiera ya ser aceptado puesto que la joven pone un límite en los 35. Que era culto estaba seguro, (por lo menos así lo creía). Ya era tiempo de que fuese pensando en casarse; es decir, siempre lo había estado pensando de un tiempo a esta parte, pero por un lado su timidez, por otro, el que con las muchachas de su barrio no hubiese podido nunca hacer migas como para llegar a más de la amistad franca y las bromas. Esa misma tarde llamaría aunque más no fuera por ver qué ocurriría; de todos modos aquí no tendría un par de ojos femeninos que pudieran mirarlo de frente. Todo por teléfono, no es otra cosa de perderse...

Almorzó nervioso, siempre pensando en las seis de la tarde. Seguramente que no sería el único –recapacitó–; trataría de ser el primero en llamar. Posiblemente era hermosa, de no, ella no se atrevería a poner eso de “atractiva”.

Casi enfermó en esas pocas horas con mil suposiciones aunque cuando ya se aproximaba la de llamar, empezó a dudar con otras nuevas: ¿quién podía ser ésta para atreverse a buscar novio o marido por teléfono? Y ya perdí un poco su idealismo inicial. Vaya que fuera una vulgar aventurera. Pero había también en el aviso un “inútil hablar si no hay buenas intenciones”. A la altura de esos oscuros razonamientos eran las 6 y 10 horas de la tarde; pasaron otros 10 minutos en nuevas cavilaciones similares luchando entre optimismo y pesimismo, antes que por fin se decidió llamar. Temblando marcó el número y esperó que levantaron el tubo: “¿Habló con Marina?”. “No señor, equivocado”. Estaba tan nervioso, que ni siquiera pensó que podía equivocarse y hasta atender un hombre, como ocurrió.

Otra vez, ya con cuidado volvió a discar y se dio con ocupado; una y otra vez llamó y encontró la línea ocupada, y eso que la última llamada la realizó ya a las siete menos cuarto; tras una quinta intención, se desplomó exhausto en un sofá; seguramente ya se la habían ganado a esta también “¡siempre por lerdo!” se recriminó para sí. Se torturó con toda clase de tribulaciones llegando a calificarse desde imbécil a cobarde, timorato, inútil, pederasta, solterón, incapaz....

Luego se fue a dar una vuelta por ahí, a despabilarse un poco. A eso de las 8 ya, de noche, volvió a su departamento, de “solterón joven” ¿y si llamo ahora? –se preguntó–. Inmediatamente tomó el teléfono y discó nervioso pero cuidadosamente; sus latidos se apresuraban ante la emoción de la espera al sentir que en el otro extremo alguien levantaba el tubo, casi desfallece de aturdimiento:

–¿Habla la señorita Marina?–, se atrevió a balbucear sin atinar a iniciar la charla de otra manera y por más que tenía un plan casi literario.

–¡Sí! Le contestaron, con ella habla... ¿qué desea?

–Esté... , vea..., yo llamaba por ese aviso de la revista... Este, quisiera saber..., quisiera conocerla. Usted sabrá decir que debo hacer...

–Es muy sencillo y muy complicado para mí, como usted puede suponerlo. Seré breve y concisa; yo quedé huérfana y quiero casarme, pero debido a mi falta de relaciones..., en fin, naturalmente para ello debo tener mucho cuidado. El primer paso será conocerlo indirectamente, es decir, como a los otros que llamaron más temprano; tengo que decirle que para reconocerle deberá pasearse por la vereda norte de la calle Viamonte, entre Florida y Maipú. Yo lo estaré mirando desde alguna parte. Para los otros tengo otras señales de identificación. Quiero, pues que vaya con un libro rojo y sin sombrero..., aunque no me importa si usted es calvo. No olvide, mañana a las 6 de la tarde, camine lentamente de ida y vuelta, muy lentamente, por ese trayecto ... No olvide el libro rojo y en la mano izquierda, para poder ubicarlo. Deme su nombre, o seudónimo si quiere, y teléfono; si llega a ser el elegido recibirá mi llamada...

Mario se apresuró a dar su nombre y teléfono, repitiendo éste una y otra vez y desarmándolo cifra por cifra. No hizo más que terminar cuando le cortaron. De todos modos se sintió recuperando y valiente; ahora tenía una chance y una esperanza...¿sería elegido? Ya tenía una nueva tortura además de la monotonía en el trajín diario de su trabajo. Curiosa “esta chica”, se dijo pensando en ella también entre comillas; quiere empezar por la presencia física y al parecer no le importa el temperamento ni la situación económica del pretendiente... ¿será rica? No quiso ir más allá y terminar en conclusiones cínicas. Ahora había que pensar en el “paseo” del día siguiente. Por suerte su trabajo era más o menos independiente.

Y pensaba hasta en el libro que le convendría llevar... vaya que ella se le presentara; aunque no había muchos para elegir ya que lo más importante aquí era el color ¿cuál sería el lugar desde donde ella pudiera mirarle? Nuevas dudas e intriga le roían el corazón: “¡Bah! seguramente que ha de ser una frivola, se dijo al pensar que podía no ser él elegido. Además tendría que empezar mintiendo..., tenía 38.

El día siguiente llegó, naturalmente, y puntual se paseó con el libro a la hora convenida; se cruzaba con otros a los que miraba sospechosamente. Uno con un clavel rojo el ojal, otro con un blanco. Uno de los “sospechosos” llevaba también un libro en la mano izquierda, aunque no rojo como el suyo; ¿sería pura casualidad? –Se preguntó– ¡y también en la izquierda!...

Por las dudas, hizo unas pasadas por la cuadra; disimuladamente miraba hacia techos y ventanales de los edificios altos, en alguna parte estaba ella quizás con un catalejo o un binóculo. De no ser que la imaginaba hermosa y honesta hubiese hallado ridícula su situación, pero no reparó lo más mínimo en lo que estaba haciendo, aunque se sentía un tanto acomplejado en que se le pudiera estar mirando desde arriba, por su calvicie incipiente, ello aún ante el “no me importa si usted es calvo”. Regresó a su departamento y empezaron a pasar las horas ó a su departamento y empezaron a pasar las horas y los días de espera. Cada llamada telefónica se transformaba en un salto reflejo de la angustiosa sospecha.

Tres días después, ya cuando sus esperanzas empezaban a desfallecer en una vedada resignación, al mediodía recibió la llamada: lo espero esta tarde a las 6:00 en la Plaza Rodríguez Peña. Usted deberá descubrirme; por lo demás ya sé cómo es usted físicamente. Por otra parte, quiero dejar algo del

juego al destino...., si no se da cuenta, cuál puedo ser yo, preferiré no ir hacia usted.

Y colgó el tubo. Quedó alelado; esto le parecía demasiado misterioso para tolerarlo en serio; un juego de alguna que lo jugaba con demasiada maestría para provenir de una joven digna de merecer la confianza de una futura mujer/esposa. Pero siguió adelante. No pudo resistirse a pesar de su timidez y sus sospechas.

A las 6 de la tarde se fue a la plaza Rodríguez Peña. Ya en su primer paso sobre la vereda dio una ojeada a los bancos y pudo apreciar en uno de ellos a una bella mujer joven, cabello castaño claro, a cuyo lado jugaba un niño de 3 años –posiblemente un sobrinito–, pensó, y ante el temor de aparentar no ser capaz de reconocerla se fue directamente hacia ese banco y se sentó a su lado. Ella lo miró ligeramente y él logró vencer todos sus temores antes de caer en nuevos auto reproches.

–¡La esperé toda mi vida!– dijo con una voz quebrada y casi atiplada que no le pertenecía.

Ella lo miró y sonrió. Se inició allí un diálogo de insospechada afinidad, un romance rápido como de amantes encontrados que no quisieran perder más tiempo en estar separados. Ese encuentro culminó en una primera cena..., con el niño, es claro y posteriormente en el matrimonio, con el niño también porque como quizá se puede suponer, la muchacha era una hermosa y joven viuda con un hijito.

Ya en casa..., es decir casados, Mario no preguntó jamás del pasado a su esposa. Ni le interesó al casarse que el verdadero nombre de ella no fuese Marina, ni tampoco que no fuera en realidad la novia telefónica del aviso; para él, ella era primordialmente la maravillosa mujer que había roto con su soledad y con su temor a lanzarse al amor y al matrimonio.

La verdadera Marina, tras la fallida audacia del momento en que resolvió recurrir a un aviso de EL ALMA QUE CANTA, juró quedarse soltera de por vida con la certeza de que el Destino existe... Lo vio y lo comprobó en La Plaza Rodríguez Peña, en donde perdió a su prometido telefónico, tras la humillación de verle irse con otra, “todo, por dejar algo del juego al Destino”.

## El inmortal

Nadie es indiferente a buscar sus ascendientes; sin la pretensión de darnos con bisabuelos de la nobleza. A uno siempre le tienta la idea de encontrarse con los propios orígenes. Sin posibilidades precisas de saber hacia dónde vamos, hurgamos con mejores asideros en el pasado por saber de dónde venimos: con ese propósito y el de pasear llegué en octubre del año pasado a El Naranjo, un poblado del departamento Rosario de la Frontera. En la ciudad de Rosario conseguí un baqueano que me acompañó en mi Fiat 600 por sendas zigzagueantes, a veces cenagosas. Al hombre a quien recurrí, aunque recomendado por referencias, era muy extraño, pero según decían, el indicado para dejarme a las puertas de lo que buscaba; guía fumador empedernido, me convidó con unos cigarrillos hechizos que apestaban a perejil y a papel viejo. Ya temeroso por algo que le asustaba, me abandonó en las primeras curvas de la lomada, que ascienden para llegar a la casa de don Estratón Cabral; le di unos pesos y se bajó, pues no quiso acompañarme hasta la casa misma... El Naranjo es el “pago” de mis ascendientes maternos y en búsqueda de Don Estratón llegué a eso de la una de la tarde. El amplio caserón estaba en la parte alta de la lomada, a la sombra de grandes y copiosos árboles. El lugar era –como dicen– una preciosura. Me atendió una señora de edad a la que no le pude ver el rostro por tan cubierta que estaba, quien al yo anunciarle mi nombre, no demoró en llevarme ante el dueño de casa, mi supuesto pariente.

Era la hora de almorzar. Don Estratón se presentó cordialmente y me sorprendió cuando dijo conocerme a través del suplemento dominical de El Tribuno. Se trataba de un hombre anciano, pero aún fuerte y erguido, de mi estatura, de tez ligeramente rosada, vestido con una indumentaria gaucha, que se veía extraña por lo antigua sobre todo las botas. Se sacó su viejo sombrero retobado y lo colgó en una percha. Su cabeza canosa, rala y su perfil aguileño terminaron por convencer a mi presunción de parentesco. Nos aproximamos a una mesa redonda en la que a los cubiertos que ya estaban puestos, hizo agregar con la anciana, el mío. Nos sentamos a la mesa; luego se sentó una mujer madura que él presentó como su sobrina. Don Estratón era para mí un misterio: no tenía jubilación, nadie sabía decir cuándo nació, cómo creció, cómo vivía, donde se educó; ¿esto sobre todo!, ¿cómo y dónde se educó? Pues don Estratón “sabía todo”. Así lo fui confirmando, pues resulta que a la par que almorzábamos, me hablaba de artistas escritores y poetas nuestros, conociéndolos a todos; más todavía, señalando sus estantes, en esa misma habitación decía que los tenía a todos..., hasta las primeras ediciones de la Gorriti. Por afuera, se escuchaba a “gente de la casa”, o criadas (¿serían?), iban y venían por las galerías mientras la sobrina que no abría la boca para nada, se limitaba de vez en cuando a sonreír al fuerte anciano; luego, ante una seña de éste, se retira una habitación contigua; llevaba un vestido verde oscuro, largo hasta los tobillos.

Entonces don Estratón me dijo que con seguridad debíamos ser parientes, pues “lo sabía”. Cuando le pregunté de qué rama de los Cabral venía, empezó con sus secretos de ascendencia, que comenzaron a preocuparme, sobre todo cuando se levantó y echó llave a las dos puertas de acceso a este amplio comedor.

“Te diré (me dijo ya voceándome) que ni yo sé los años que tengo. Baste decirle que no tengo un solo papel..., hace más de 100 años que vivo de esta

finca que hago producir, nunca saqué un centavo al Estado, que se limita a cobrar sus derechos sin hacerme problemas en cuanto a quién soy. Hace mucho tuve tres hijos, se cansaron de esperar que yo muriese y se murieron ellos, tuve nietos y bisnietos y se murieron ancianos –aunque queda uno–, pero yo sigo vivo. Este es el lugar, “el pago” de los Cabrales, pero ahora ninguno me reconoce como pariente puesto que este milagro de ser más de dos veces centenario es un mito que los aterra. A mí ya no me sorprende. Por alguna causa, no muero.

“Te diré que al principio fue un problema, cuando después de los 80 años mis hijos esperaban que muriese y les diera a cada uno su parte; después fueron los nietos que además se preocupaban porque en mi ancianidad debían tenerme a cargo, cuidarme, pero no ocurrió, así ellos murieron antes igual que mis bisnietos, de los cuales sólo queda uno, que ya conocerás. Mi identidad se bifurcó en decenas de leyendas “la desconfianza me estremeció cuando, acabando de comer, se aproximó para hacerme levantar cariñosamente tomándome por un hombro y caminar a mi lado, mientras me mostró diversos recuerdos y retratos que pendían de los muros; mirá –dijo– este es Eutoquio Frías, yo pelié junto a Él en Venezuela y Colombia, por toda Sudamérica. Mira este Güemes (señaló un retrato curioso del caudillo, muy distinto al de Schiafino y de cuántos se conocen, es un dibujo que me hijo hizo en 1815”. Para aquí ya comprendí que don Estratón estaba de remate, pero seguí escuchando mientras miraba la ventana de su mecanismo de apertura, por si acaso paréntesis. Él siguió: El General era realmente medio gangoso, pero tenía una voz de mando potente si la relacionamos con la vocecita de Belgrano o al lado de la señorial del grave español de pura cepa que hablaba San Martín...”

Se arrimó a los estantes de libros... allí sí, descubrí esa maravilla. Una colección de autores salteños y de libros impresos aquí nunca vistas.... Allí estaban “todos”. Pregunto cómo podía este hombre de campo, evidentemente chiflado, tener la suprema chifladura de juntarlos a todos... hasta los más jóvenes y recientes. Esto me insuflaba una alegría incontenible, me movilizaba una simpatía casi incondicional hacia este hombre insólito, al parecer, teóricamente infinito. Luego, se refirió a Rosas sin elogios, ni desdenes, pero casi me hizo rabiar cuando se identificó como unitario, no porque lo fuera sino porque sin sospecharlo me di cuenta que yo ya estaba creyendo realmente lo que contaba Él, vivió en ese tiempo! después se refirió a el “padrillo Urquiza”; cuando atosigado de sorpresas le pregunté si dijo ‘padrino o padrillo’, ratificó contrariado: “dije padrillo”.

Se arrimó a la pared en donde se lucían algunas viejas espadas, dagas puñales y bayonetas y tomando una me dijo. “con ésta en el año 13 pinche godos como papas”. Evidentemente que en ese cercano octubre de 1984 en que los relataba se refería a 1813, el de la Batalla de Salta pues recordó su amistad con el “Cocolate Saravia”.

Después tomó una daga y, empuñándola fuertemente con la derecha, hizo que sin disimulo yo diera unos pasos hacia atrás. Resulta que yo había ido a conocer un supuesto pariente y me encontraba atrapado por un peligroso esquizofrénico. Yo rogaba que reapareciera la anciana sin rostro o la sobrina muda, pero nada. Solo un silencio absoluto reinaba ahora tras los muros. Había ya comenzado a suponer mi asesinato, por mi propia entrega a manos de un loco..., todo por conocer un supuesto ascendiente...

Luego, a pasos lentos, se aproximó a la puerta principal de acceso, la abrió, me miró a los ojos y me tendió su mano muy fría. “De golpe”, me despedía de esa manera. Y estaba ya alterado y poco menos que salí disparando hacia mi pequeño Fiat ... descendí la breve cuesta, crucé algunos fangales, sin interesarme por el guía que quedara por allí, el que me convidó aquel extraño cigarrillo del que aún sentía el regusto. Sin parar emprendí el regreso... había ido además a andar solo..., andar sin llegar apurado a ninguna parte, por hacer un mini turismo solitario y meditativo por mi provincia y doy fe que regresé rápidamente a esta mi ciudad.

Ya apaciguado mi asombro, tres meses, después se me ocurrió volver en enero de este año a visitar a don Estratón Cabral, por hacer una nota, más allá de todo inverosímil temor y cuando llego esta vez a aquella casa me doy con otra persona que la habita, que dice llamarse como los requiero, pero que no es el que conocí, aunque es un anciano que se le parece. Me dijo que en octubre, cuando fui, él estaba en Córdoba y que había dejado por tres días, la casa cerrada con llaves pues él vive solo y nadie quiere acompañarle. Me hace pasar. Los retratos que vi están en los muros. El sombrero retobado en la percha, la colección de libros no la veía ahora tan nutrida ni actualizada, pero estaba en su lugar, lo mismo que las dagas, los puñales, las bayonetas... Le cuento detalladamente a este “nuevo Cabral”, lo que me ocurrió y sin sorprenderse mucho me lleva por la parte posterior de la casa, descendiendo la lomada hasta un pequeño promonitorio en donde descansa su lejano homónimo; una borrosa lápida reza: “Estratón Cabral 1770/1901” (¡vivió 130 años!); “Rosálva Cabral 1801/1880” (la sobrina, pensé). El cementerio familiar cobijaría seguramente a los otros fantasmas que fui a movilizar.... Y otra vez me entraron ganas de disparar y casi, casi fue lo que hice.

Porque resulta que regresé al lugar, esta vez por escribir una nota, veraz y sería con mis parientes de El Naranjo y viene a resultar ésta que parecerá inverosímil, incluso para mí que en este tiempo actual tenía la seguridad de que se acabaron los duendes y aparecidos, en que todos lo sorprendente se gasta en el acto y uno pasa a otra cosa entre los apuros con que la vida diaria nos empuja implacable en cada instante.

## La otra faz de Galatea

Ella lo descubrió entre la hojarasca del parque. Con alguna dificultad lo metió en una bolsa de arpillera y lo llevó a su departamento. Allí lo bajó con cuidado en el cuarto dedicado al servicio, que ahora estaba desocupado; lo dejó en un rincón en la certeza de que ese “bulto” aún era una “cosa viva” y por lo tanto le puso junto a su cuerpo un poco de pan, agua y leche.

Lo dejó allí y se fue a su dormitorio.

Al día siguiente comprobó que el “bicho” había comido el pan y bebido el agua y la leche, y había ensuciado el piso metiéndose abajo de la cama; ella se recostó en el mueble y tendiéndole una mano llegó hasta él para acariciarlo suavemente a la par que le decía palabras cariñosas. Luego le puso agua, leche y algunos bocados que trajo de la heladera.

Al tercer día el progreso fue un prodigio: “el bicho” había comido y hasta parecía que hubiese dormido algunas horas en la cama puesto que se notaban los rastros, su molde sobre la colcha arrugada. Recostándose, ella repitió la operación de acariciarle y hablarle, y hasta logró abajo la correspondencia amistosa de un intento de lenguaje gangoso, gutural. Arregló la cama y dejó los alimentos, siempre sobre el piso, cuando repentinamente lo vio salir de su escondite y pasar abajo del ropero. Ella se asustó y salió del cuarto, pero estaba dispuesta a soportar todos los inconvenientes de esa aventura inverosímil. En forma remota, sentía que actuaba por amor y piedad hacia ese “bicho” que estaba allí que fue un hombre noble al que debía renacer, a la manera que ella fue elaborada, afinada por un hombre, desde un ser una simple muchacha del pueblo a culminar en una mujer culta bellísima, plena de ternura y amor al prójimo...

A la mañana siguiente volvió con provisiones y ropas que colgó en una silla. El cuarto apestaba con un olor mixto a orines y materias. “El bicho” era ya más grande y estaba como acucillado en un rincón en la posición de una momia, que hubiera sido sacada de su ánfora. Parecía un amasijo de pelos y de roña. Ella se arrimó y le acarició lo que se sospechaba fuera la cabeza, hablándole cariñosamente siempre, sin recibir ningún intento de respuesta esta vez. Sin saber concretamente si ese cuerpo amorfo pudiera ser humano, pero que evidentemente crecía en forma acelerada, le indicó que al lado había un baño y que se cambiara las ropas. Ella misma limpió el cuarto y por seguir en su secreto, no quería encomendar nada a otra persona. Dejó provisiones diversas como para varios días; al finalizar la mañana se fue, dejando una llave sobre la mesa de luz, pero al salir cerró la puerta de la habitación con otra llave que tenía.

Días después regresó; toda la comida desapareció y el “bicho” no estaba en la habitación... Abrió el ropero, buscó bajo la cama; todo en vano. Unos trapos viejísimos y sucios –diríase un saco y un pantalón– estaban colgados sobre la silla. Buscó en su bolso un lápiz y con gran aprensión levantó con él esos trastos asquerosos en la intención de llevarlos adentro y quemarlos en el patio a donde se dirigió con ellos a cuestas. Al regresar a la habitación, escuchó que en el pequeño baño contiguo se descargaba el inodoro y apresuradamente regresó a sus habitaciones; ya en su dormitorio se preguntaba qué hacer. “El bicho” estaría ya entrando hacia su regresión

humana o ¿esa especie de “crisálida a la inversa” necesitaría como la cigarra, unos años de gestación?

De todos modos recapacitó en que no debía acobardarse en sus propósitos y retomó fuerzas para afrontar la situación. Regresó a curiosear: el baño desocupado indicaba que sin duda “el bicho” estaba ya en su habitación, pero ¿cómo estaba? ¿cómo era o cómo iba regenerándose?

Resolvió golpear la puerta, primero suavemente, luego un poco más fuerte. No sabía por quién preguntar: –Gregor–, dijo de repente. –Gregor, ¿está usted ahí?–. No contestó nadie y girando el picaporte fue abriendo la puerta lentamente. La habitación estaba oscura con la ventana cerrada. Se atrevió a encender la luz y vio el bulto corporal en la cama, tapado totalmente “cabeza y todo”, si es que tuviera cabeza, como ya era de sospecharse puesto que se había movilizado solo. Apagó la luz y entreabrió apenas la ventana; en esa penumbra se recostó a su lado y buscó su cabeza o su rostro con temor, pero con irrefrenable ternura y logró acariciar los cabellos suaves y lavados, mientras le hablaba cariñosamente. En esa penumbra “el bicho” tuvo su primera reacción humana, pues dos manos realmente humanas tomaron con suavidad las de ella, como en correspondencia amistosa. Ella se desprendió lentamente, satisfecha por aquellos progresos. Fue a traer alimentos diversos que dejó sobre el velador y se retiró a sus aposentos ya contenta de que esa crisálida estaba emergiendo hacia sus alas definitivas.

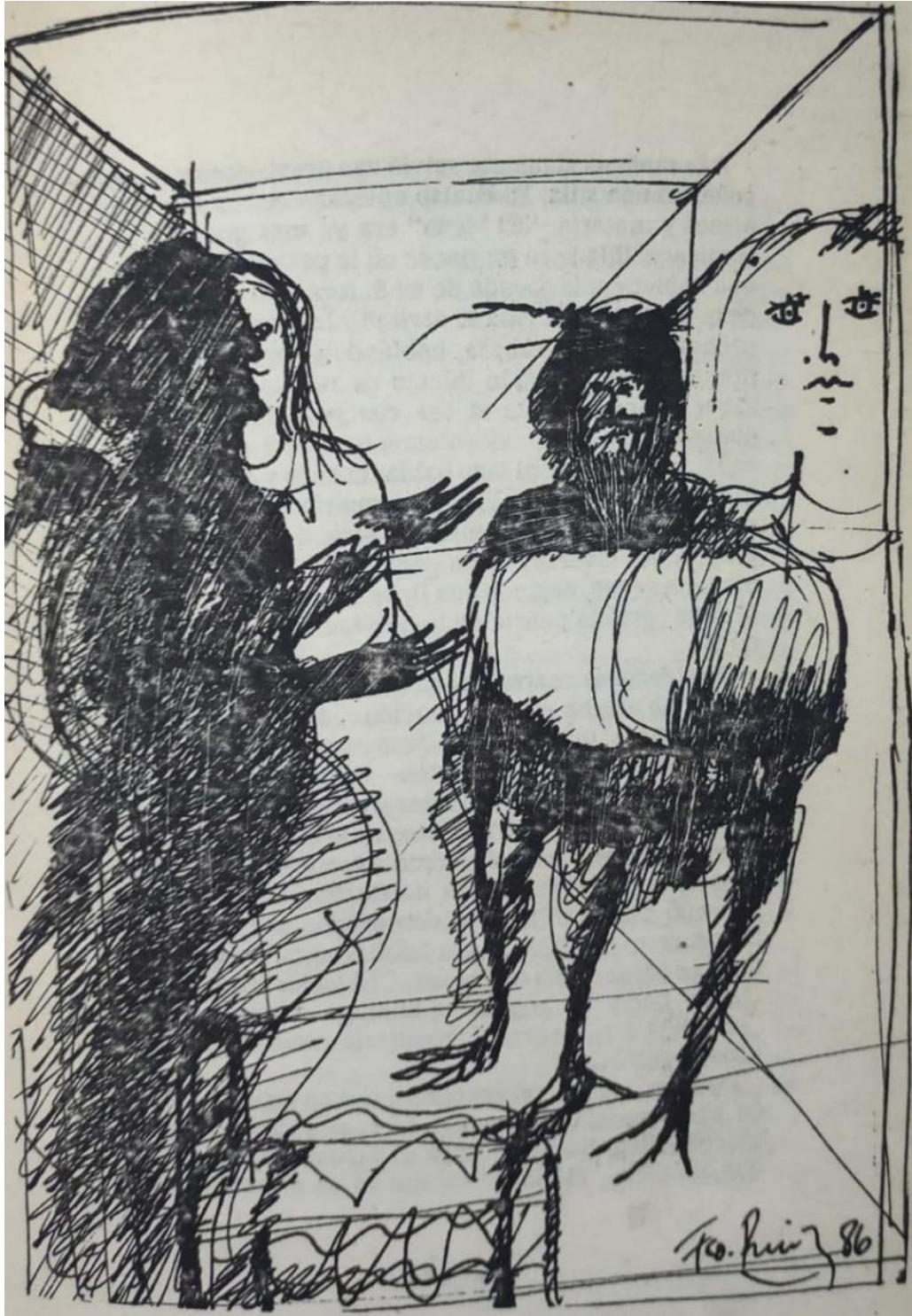
Volvió al patio a quemar aquellas viejas ropas; cuando tras tirar un poco de alcohol sobre los trapos iba a encender un fósforo, vio un bulto en uno de los bolsillos. Superando el asco metió en él dos dedos como haciendo con ellos una pinza y sacó unos sucios papeles doblados y una libretilla; con curiosidad, los retiró cuidadosamente y por fin encendió el fósforo. En un santiamén los trastos desaparecieron en el fuego y se fue a leer aquella escritura. Su formación guiada en la exquisitez literaria de lo supremo, acuciaba su inquietud con una curiosidad en morboso deleite por el contenido de las hojas sucias ¡Increíble!..., ¡eran apuntes de “el bicho”! Se puso a leerlos, con admiración y creciente desconcierto: “Generalmente el suicida es inocente porque se mata en defensa propia”..., “generalmente, la mujer recta no es curva”. Por un instante dejó los papeles sobre una ventana para palparse los pechos y los glúteos redondos sonriendo vanidosamente; a ella no le afectaba esa definición..... Luego prosiguió la lectura: “Educación y Cultura parecen sinónimos, pero únicamente la primera puede aparentarse..., la segunda no”. “Es evidente: el que inventó el refrán ‘crea fama y échate a la cama’, era un soñador “.

Siguió leyendo y había muchas definiciones más de ese tipo y otras anotaciones menos atendibles o entendibles, más confusas..., al parecer una larga carta no enviada jamás....

Entonces fue entrando de a poquitos en la realidad de lo que le estaba pasando; ya de noche, se fue a buscarlo “al bicho”. En la oscuridad, se introdujo en su cama y fue sintiendo que realmente por fin esa “crisálida” era definitivamente un hombre, con todos sus atributos. Durmió con él y a la mañana siguiente entre sueños le mesaba los cabellos y la barba a la par que le apuraba a despertar: ¡Despierta! ¡Despierta Gregorio! ¡Despierta!....

En efecto él despertó como conectándose de golpe con la extraña situación de su bella esposa para preguntar contrariado quién era ese Gregorio que estaba invocando en altavoz. Ella le contestó que inexplicablemente había





estado soñando con Gregorio Samsa vuelto a la vida y él no lo podía creer del todo, ni recordaba a ese Gregorio; no lo podía creer de no mediar el rostro espantado de su mujer, “su bella Galatea”, que parecía aún delirar ...

Durante su intensiva formación literaria guiada por ese hoy que era su esposo, al leer en el famoso cuento de Kafka, el personaje amanece en su cama transformado en un monstruoso insecto, quedó muy impresionada; aunque nunca pude imaginar bien, cómo era ese bicho, qué formas pudiera tener, cómo era su voz, los sonidos que articulaba?, así como también fue para su mente virgen un misterio asimilar, a dónde y cómo se había realizado el

funeral, el entierro del bicho. Ella supuso siempre que había podido ser abandonado vivo, tirado en un parque entre la hojarasca otoñal, pues muchas veces había visto por allí gran cantidad de “cascarudos”, moribundos o muertos y cigarras disecadas enteras en la corteza de los árboles.

Por eso, levantarse ese sábado a la mañana tras despertar a su esposo, volviendo a la realidad y quedar de acuerdo con él, se apuró a llamar por teléfono al común amigo el doctor Auspurg para invitarle a compartir un almuerzo frío –ya que estaba sin cochera– en que pudiera despejarle este sueño. El psicólogo –un hombre viudo lleno de hijos– acudió solo; siempre accedía a las invitaciones de esta pareja de exquisitos, porque entre tanta vulgaridad cotidiana, en esa casa podía sentirlo todo distinto..., seguir, sentir realmente eso de que cada segundo es un instante poético. Sin embargo, al entrar a considerar el tema del sueño en las postrimerías del almuerzo, cuando el psicólogo con el estómago lleno ya había paladeado todo el sabor y el espíritu de un vino riquísimo, no estaba ya para deducciones muy decantadas y prolijas. Así es como cuando ella le preguntó cómo podía explicar un sueño ajeno a la realidad, en tantas etapas... ¡Ella de fregona!, o aquello de los “soliloquios”, el barbado y maduro sabio médico mirando a ella y al marido entre tantas exquisiteces que ella misma había servido y entre tantas obras de artes sobre los muros, contestó: “Sí, Kafka siempre deja al lector mucho que pensar y reconstruir en sus cuentos y novelas a tal punto que esos “soliloquios” que soñaste deben pertenecer de alguna manera indirecta al escritor..., y hasta quizá el mismo subconsciente del lector los deduce recreándolos de situaciones que están en forma potencial en los relatos, lleno de posibles infinitos...”

–Sí pero –siguió ella–, por qué esa casi larga pesadilla, por qué esa especie de masoquismo al inventar uno mismo cosas que nos asustan y torturan en dormidos... y en varias etapas...¿ por qué?...

El doctor Auspurg ya un poco contrariado por tanta inocua complejidad intelectual en ese bello matrimonio de dos felices distanciados en edad, contestó ya un tanto soñoliento, con su copa en mano mirando a ella y a él dos: –¡a ustedes los que les hace falta es tener un hijo!...

El marido no pudo contener la sonoridad de una risa plena y satisfecha ni pudo ya guardar en silencio, el secreto matrimonial: “su Galatea”, estaba encinta.



## INDICE

|                                 |    |
|---------------------------------|----|
| Recuerdos                       | 03 |
| Qué importa                     | 04 |
| Salirse de uno                  | 05 |
| Lluvia                          | 06 |
| Corazón                         | 07 |
| Tedio                           | 08 |
| Empezando de nuevo              | 09 |
| Yo y el tiempo                  | 10 |
| Eternidad                       | 11 |
| Vida                            | 12 |
| Coplas                          | 13 |
| El sol desnuda a la noche       | 16 |
| Ahora la salud                  | 17 |
| Una foto del 90                 | 18 |
| Desde el beso                   | 19 |
| Primavera                       | 20 |
| El Hongo                        | 21 |
| El Todo en los dos              | 22 |
| Reproche del tedio              | 23 |
| A mis 50 años                   | 24 |
| Las medidas                     | 25 |
| Regresos                        | 26 |
| Sanatorio                       | 27 |
| La mosca                        | 28 |
| Desnudo púber                   | 29 |
| Devenir                         | 30 |
| Mecanismo                       | 31 |
| Soliloquios                     | 32 |
| Los impulsos                    | 38 |
| Música y Pintura                | 42 |
| Machismo y marimachismo         | 45 |
| De la coquetería                | 49 |
| Memorias con animales           | 50 |
| De leer y escribir              | 53 |
| Elegía 4 siglos                 | 54 |
| La vereda, la calle, el camino  | 56 |
| La copla es de todos            | 60 |
| La estratagema de Dios          | 65 |
| Los peligros de ser inteligente | 68 |
| Viñetas                         | 71 |
| El suicida                      | 72 |
| Gallero Viejo                   | 76 |
| El circo del año 33             | 78 |
| Marina                          | 81 |
| El inmortal                     | 84 |
| La otra faz de Galatea          | 87 |